

En un rincón de
IRLANDA



Sarah Ruwell

En un rincón de
IRLANDA 

Sarah Russell

En un rincón de Irlanda.

©Todos los derechos reservados.

©Sarah Rusell

1ªEdición: Octubre, 2018

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

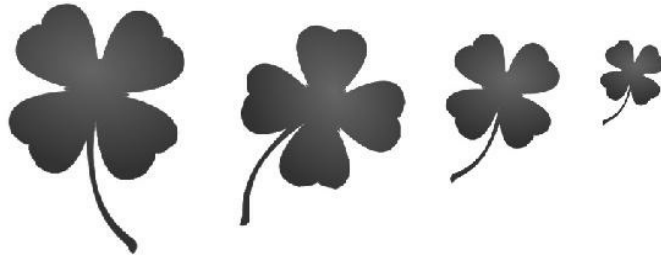
[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



El día estaba soleado, pero con una ligera lluvia, donde las gotas formaban un sonido relajante al caer sobre las escaleras de madera situada en la entrada de mi casa.

Estaba en el porche, sentada sobre el balancín que me había hecho mi padre unos meses antes de morir, agarrado con unas cuerdas blancas y gordas en el techo, el asiento de madera, donde iban dos grandes cojines para sentarse sobre ellos.

Café en mano, era mi momento más especial del día, el café de la mañana, en ese rincón con tantos recuerdos a mi espalda, daba igual si era verano, otoño, invierno o primavera, siempre tomaba mi primer café ahí, en el más absoluto de los silencios, con un precioso e infinito valle frente a la casa, en un rincón a las afueras de Dublín.

Era mi cumpleaños, mi veintisiete cumpleaños, pero para mí era como un día más, no tenía con quién celebrarlo, el único que tenía en mi vida era mi padre, pero ya no estaba desde hacía ocho meses.

Me había criado solo, mi madre murió en el parto, no tenía familia, se había criado en un orfanato desde bebé, cuando la dejaron a la puerta con tan solo dos meses de vida. Mi padre era hijo único, sus padres fallecieron cuando yo tenía diez años, primero mi abuela, unos meses después, mi abuelo, al que mi padre dijo que no podía aguantar la soledad de no estar con su mujer y eso acabó con su vida, llevándose rápidamente.

Así que, cuando murió mi padre, me vi sola, completamente sola, sin nadie, ni amigas, las dos que tuve estaban lejos, Mary se casó con un norteamericano y se fue a vivir allí y Chloe, que destinaron a su padre a Francia, llevándose consigo como era normal a su familia.

La casa era grande, de dos plantas, toda adornada y basada en la madera, mi padre se encargó de ponerla así, con una cocina amplia y rústica, unas habitaciones gigantes y un baño en cada planta, además del salón que estaba a la entrada, con una chimenea que era la mejor y más agradable de las compañías.

La casa me la quedé libre de deudas, mi padre siempre se preocupó mucho de ello, además de unos ahorros, que, aunque no era mucho, los tenía para cualquier imprevisto o necesidad que se me presentara, pero el simple hecho de tener un hogar ya era mucho.

Llevaba dos años trabajando en un supermercado que había en la carretera que llevaba a Dublín, al vivir a las afueras, a mí me venía genial ya que no tenía que entrar a la ciudad para nada, solo cuando me apetecía ir de compras o porque tuviera que hacer una gestión.

En el supermercado siempre tenía el mismo horario, de lunes a jueves de tres de la tarde a diez de la noche, para mí era muy cómodo, podía levantarme tranquila, no tenía que tener prisa para dormir y tenía el fin de semana entero

para mí.

No salía de noche, ni nada por el estilo, mi vida era mi casa, el trabajo y de vez en cuando una vuelta por la ciudad para pasear y comprar algo.

Había tenido solo una pareja, Terry, fue con dieciocho años, estuvimos tres juntos, pero conoció en su trabajo a una chica y decidió dejarme, hoy es la madre de sus dos hijos, lo sé porque de vez en cuando vienen a ver a los padres de él, que viven en una de las casas que hay al lado del supermercado y suele entrar a comprar, pero nunca nos volvimos a saludar.

Esa era mi vida, sola, con una casa gigante pero que adoraba y trabajar, poco más, eso sí, mi vicio eran los libros, sobre todo los románticos, me sentía la protagonista de todos ellos, me transportaba a otros lugares, países y continentes que soñaba con conocer.

Me encantaba oler las hojas de los libros mientras las pasaba, sentía que cuando comenzaba una, iba a vivir los próximos días en otra vida que no me pertenecía, pero que yo disfrutaba dejándome llevar y sintiendo que era parte de ella.

Era un viernes primaveral, tenía sobre mi falda una mantita fina, siempre la tenía doblada sobre el balancín, para los momentos del café, como este, aunque hoy era diferente, no trabajaba hasta el lunes, así que la tranquilidad era doble.

Estaba pensando en comprar un móvil más nuevo, pero me daba pereza, usaba para buscar información y cosas el ordenador, no tenía redes sociales, ni nada por el estilo. ¿Para qué? ¿Para seguirme a mí misma? Solo tenía WhatsApp, pero para nada, por si me preguntaban algo los encargados del trabajo, así que sonaba poco, podían pasar meses sin que me llegara una notificación.

No era infeliz, ni me sentía así, sola sí, echaba de menos tener a unos padres a mi lado, a alguna amiga, a algún amor que me acompañara en estos momentos, muchas cosas, pero no era infeliz por no tenerlo.

Me encantaba mi melena lisa y rubia, la llevaba larga, el color era natural, no tenía ni una cana, ni mucho menos, no me había teñido en mi vida.

Me gustaba arreglarme, lo hacía cuando salía, aunque para ir al trabajo iba con el uniforme, pero me encantaba comprar de vez en cuando algo de ropa, pijamas bonitos y cómodos para la casa, me gustaba sentirme guapa.

Volví a por otro café, me apetecía estar ahí en mi rincón favorito, sintiendo el aire, además hoy escuchaba ese sonido mágico de las gotas de lluvia.

- Buenos días – paró el coche de mensajería y reparto frente a mi puerta y un chico asomó su cabeza.
- Buenos días – respondí dejando la taza sobre la mesa y levantándome para atenderlo -. ¿En qué puedo ayudarlo?
- Busco la casa de la señorita Lisa Edvor, me han explicado que era por aquí.
- Soy yo – mi cara era de asombro.
- Fenomenal – salió del coche feliz y sonriente.

Me quedé mirándolo extrañada mientras abría el maletero y sacaba una caja envuelta como de regalo.

— Esto es para ti, me tienes que firmar aquí.

— Pase a la terraza, estaremos respaldados – la lluvia comenzó a apretar.

Apoyé la caja sobre la mesa y le firmé el papel, se notaba que tenía frío, estaba un poco de sol, pero aún la primavera refrescaba mucho.

— ¿Le saco un café? Lo tengo preparado, me acabo de echar uno – dije señalando a mi taza que aún estaba llena.

— Si no es mucha molestia, se lo agradezco – dijo tímidamente.

— Claro, siéntese – dije señalando a una silla.

Entré a la cocina, tenía intriga por saber de quién provenía el paquete, no había pedido nada, así que nada esperaba.

— Aquí tienes – dije poniéndoselo sobre la mesa.

— Gracias – puso su mano sobre el pecho.

— ¿Eres nuevo en la empresa? Me traen muchos libros que compro por internet, pero nunca le vi.

— Sí, hoy es mi primer día de repartidor – dijo sonriendo.

— Ah genial, pues entonces te veré de vez en cuando.

- Claro, cada vez que pidas o alguien te mande algo, aquí vendré – sonrió de manera entrecortada.

- ¿Vives en la ciudad?

- Sí, en una casa en la calle Temple Bar.

- Una famosa calle, sí, señor y concurrida, sitio de parada obligada para el turismo.

- Así es. Vivo con mis padres, desde que nació siempre he vivido allí, he visto la evolución de la llegada cada vez más masiva del turismo, pero tiene su encanto, al igual que este lugar transmite mucha paz y energía – dijo mirando al valle.

- Sí, aunque muchas veces me dan ganas de irme a vivir al bullicio de Dublín – me encogí de hombros –, pero sería incapaz de irme de aquí.

- ¿Vives sola?

- Sí.

- Vaya, no me lo imaginaba, en esta gran casa, apartada de la ciudad, frente al valle, en la más absoluta tranquilidad, no, no me lo imaginaba – dijo sorprendido.

- Siempre he vivido aquí con mi padre, hasta hace unos meses que

murió.

- Lo siento – dijo asombrado.
- Así que, estoy acostumbrada a este lugar, donde he pasado toda mi vida. Imagino que como tú has dicho, te acostumbraste al tránsito de tu calle y yo a la tranquilidad de vivir frente a esto – dije señalando al frente.
- Claro.

Su sonrisa impactaba de tanta perfección dental, blancos, perfectos y alineados, yo no la tenía mal, pero lo de él era un blanco reluciente.

Rubio, ojos claro, buen físico, no muy alto, guapo y simpático, me gustaba el nuevo repartidor, aunque el anterior me caía muy bien, más de una vez le puse un café y charlamos amigablemente.

- Por cierto... ¿Cómo te llamas?
- Ah, perdón – puso su mano sobre la cabeza –, qué idiota, no me he presentado, me llamo Connor, Connor Buker.
- Pues encantada, como ya sabes me llamo Lisa.
- Ha sido un placer y te advierto que me encantará repetirlo en otra entrega de paquete – me guiñó el ojo de manera muy simpática.

— Por supuesto, siempre habrá un café esperándote — sonreí.

Se levantó y me dio la mano.

— Gracias, espero verte pronto — se fue con una sonrisa.

— Claro...

No había ni cogido la esquina y ya abrí el paquete, una orquídea en su cajita y una tarjeta como de felicitación.

No ponía datos de nadie por ningún lado. Abrí la nota impacientemente para saber quién se podría haber acordado en mí día, de mí.

“Siempre habrá alguien que te quiere y se acordará de ti en tu día.
¡Felicidades!”

Hala, se habrá quedado tan campante quien lo haya escrito, soltar eso y no dejar ni rastro de quién se trata, seguro que alguna de mis dos amigas, pero hacía años que no sabía de ellas.

Connor, me había caído bien ese chico, había algo especial en él, entré a la casa y dejé la orquídea sobre la ventana del salón, era preciosa, en color malva, me hacía feliz que alguien se hubiera acordado de mí.

El día comenzó a cerrarse y a bajar las temperaturas, encendí la chimenea y me fui a la cocina a poner a cocer un caldo, había comprado todos los avíos el día anterior, me encantaba hacerla los fines de semana, además me duraba

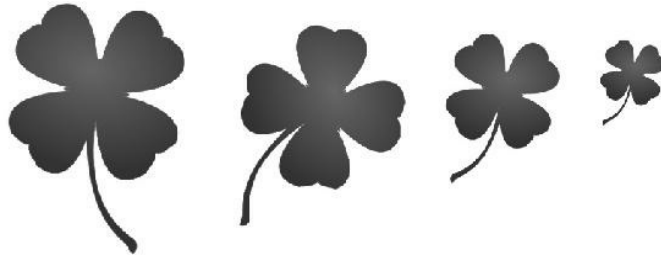
para varios días, yo solía congelar mucha comida, siempre tenía un arcón preparado con muchos envases para ir sacando por la mañana, los días que no tenía ganas de preparar nada, que eran la mayoría, me dedicaba los fines de semana a cocinar para toda la semana.

Una vez puesto todo en la olla, volví al salón y me senté frente a la chimenea.

Justo al lado, el ventanal despejado, me gustaba mirar hacia fuera, levantaba la persiana a tope y corría las cortinas, así hasta que atardecía.

La imagen de Connor rondaba por mi cabeza y me producía una sonrisa floja, algo de él era especial, era de esas personas que te llegaban al alma, con las que te apetecía compartir largas charlas, había algo, algo que me producía esa sonrisa.

Capítulo 2



Me había quedado dormida en el sofá, frente a la chimenea, solía pasarme alguna que otra noche de algún fin de semana, pero hacía tiempo que no sucedía.

Miré el reloj y eran las nueve de la mañana, lo primero que me venía a la mente era el café, así que fui a preparar una cafetera, mientras se hacía aproveché para ir a lavarme la cara.

Me fui hacia fuera a tomarlo, como siempre, mi ritual de hacia años, mi momento especial, ese que era impensable pasar un día sin hacerlo.

Me apetecía salir ese día, ir al mercado de Dublín, comprar comida para cocinarla cuando volviera a casa y aprovechar para comprar alguna prenda para estrenar en verano.

El ruido de un coche me hizo girar la cabeza, no solía pasar nadie, más que nada porque mi casa estaba al final de una calle privada, sin salida, ningún coche solía llegar hasta la puerta de mi casa, excepto... rápidamente me salió una sonrisa al ver a Connor, que paraba junto a mi porche y se bajaba también con una sonrisa, una preciosa sonrisa.

— Buenos días. ¿Vienes a por el café que está recién hecho?

- Lisa, qué alegría de volverla a ver – dijo sacando otro paquete exactamente como el día anterior –. Si no hay café, no hay entrega.
- ¿Pero quién me manda estas cosas? – dije cogiendo la caja y dejándola sobre la mesa – Siéntate, enseguida te traigo el café.
- Gracias.

Otro paquete, igual, esperaba que, en este, sí que pusiera el remitente.

- Aquí tienes. ¿Así que te tocó volver a visitarme? Me alegra verte por aquí.
- Alguien se empeñó en hacerme venir con ese envío, pero me alegra verte, al menos hago una parada en el camino.
- No tengo ni idea de quién lo manda, ayer había una nota, pero no iba firmada, acompañado de una orquídea.
- Eso es que tienes un enamorado – puso cara de suspense.
- Para nada, no salgo, no conozco apenas a nadie, en mi trabajo solo me relaciono con mi encargado que está felizmente casado y es mucho más mayor y mi compañera Helen, así que poco enamorado me puede salir.
- ¿Nunca sales a cenar o comer por ahí? ¿De cervezas? ¿Fiesta?

- Nada...
- Bueno, a veces voy a comprar a Dublín, algún sábado, aprovecho para ir al mercado, comprar algo de ropa y a veces voy a comer alguna hamburguesa, kebab o algo por el estilo, pero no siempre. Hoy precisamente voy a ir.
- ¿Vas a Dublín hoy?
- Sí. Quiero ir a la plaza a comprar comida fresca, a mirar algo de ropa para verano, que ya están a la venta y quizás me coma una de mis hamburguesas favoritas – sonreí.
- ¿Me permitirías apuntarme a la hamburguesa? Invito... - puso las manos en plan, por favor, cosa que me hizo mucha gracia.
- Claro, pero invito yo...
- Eso ya lo negociamos – sonrío –, hoy tengo poco reparto, solo trabajo hasta las doce, podríamos vernos a las doce y media donde me digas, podríamos empezar tomando una cerveza en el Temple Bar. ¿Te parece?
- Claro, no suelo beber alcohol, pero hoy haré una excepción – sonreí.
- ¿Quieres que venga a recogerte?

- No, tranquilo, nos vemos allí, antes aprovecharé para hacer algunas compras.
- ¡Vale! – dio un trago para terminar de beber el café – A las doce y media, nos vemos en la puerta del Temple Bar – se levantó para irse.
- Nos vemos, Connor – sonreí dulcemente.
- Lisa, un placer – se fue con su preciosa sonrisa.

Abrí la caja, sonriendo y feliz por esa cita, hacia mucho tiempo que no comía con nadie, ocho meses para ser exacto, cuando mi padre falleció.

Otra Orquídea, pero esta vez en blanca, con otra nota.

“Pensé que merecías mucho más que una sola Orquídea, así que ya tienes dos. Siempre en mi mente.”

¿Quién me mandaba eso? Estaba empezando a ponerme nerviosa esa situación, lo mismo era Helen, aunque dudaba que fuera ella, ya que no me puso ningún mensaje para felicitarme, tampoco podía ser mi encargado, nos llevábamos muy bien, pero no solíamos saber los días que cumplía cada uno, ni hablábamos de ello.

Fui a ducharme, me puse unos vaqueros, unas botas altas negras, un jersey fino negro, hasta las caderas y una chaqueta corta vaquera, me peiné mi larga melena, me puse un poco de rímel y me pinté los labios de color rosa clarito.

Mi perfume favorito, ese que tenía para cuando me arreglaba, los demás días

era de uniforme o en pijama, que era como me había visto siempre Connor.

Cogí el coche y me fui para Dublín, lo metí en un parking y me fui a pasear, primero al mercado que estaba cerca, compré carne y verduras, lo llevé todo para el coche, luego a una tienda que me gustaba mucho, salí con dos camisetas de tirantes y un vestido muy cómodo e informal, para por las mañanas, esos ideales para salir de lo más cómoda.

Volví al coche y dejé las bolsas, eran las doce y cuarto, había quedado con Connor a y media.

La vida es así, esa que nos da momentos mágicos cuando menos lo esperamos, como este, me daba alegría saber que iba a comer con alguien, además con Connor, que me parecía de lo más simpático, encantador y como no, muy guapo.

Me dirigí hacia el Temple Bar y ya estaba en la puerta, esperándome con la mejor de sus sonrisas.

— Hola de nuevo – sonreí.

— Me da alegría volverte a ver – dijo tocando mi hombro.

— Espera que saco dos cervezas, el día está genial, o ¿prefieres dentro?

— No, aquí está bien.

— Pues ahora vengo – dijo adentrándose al interior del local.

El sol pegaba, aproveché para quitarme la chaqueta y ponerla sobre mi

cintura.

Me causaba una risa floja, de esas difíciles de controlar, me daba hasta vergüenza de que lo notara, pero no podía hacer nada por controlarlo.

Unos minutos después, apareció Connor con los dos vasos de cerveza en las manos.

- Para usted, señorita – dijo entregándome uno.
- Gracias, veremos cómo me sienta – sonreí.
- Seguro que genial, querrás que todos los sábados te invite a una – guiñó su ojo a la vez que sonreía.
- Voy a probarla – dije señalando con el dedo a la cerveza.
- Claro – señaló con su mano, invitando a hacerlo.
- Está fría y buena – puse expresión de sorprendida –, al final va a ser verdad que voy a desear venir más veces.
- Eso no vale, no cambies mi frase, era que vas a querer que te invite – se señaló al pecho con su dedo – todos los sábados.
- No me dejaste terminar la frase, era que iba a desear venir más veces, pero contigo – sonreí como una quinceañera.

— Ah vale, suelo ser un poco impaciente – movió su cabeza hacia los lados, rápidamente, a modo recriminación hacia él mismo.

Reí, eso que no dejé de hacer desde la primera vez que lo vi, pero por más que lo intentaba, no conseguía controlar.

— ¿Cuántos años tienes, Connor?

— Ummm, te dejo que aciertes – hizo un guiño.

— Pues... ¿Treinta? – recé para no haberme pasado tres pueblos.

— ¿Tan bien me cuido?

— No sé, ¿cuántos tienes?

— Treinta y cinco – frunció el entrecejo -. ¿Y tú?

— Ayer cumplí veintisiete – sonreí.

— ¿Ayer? ¿Ayer fue tu cumpleaños? ¿Ayer cuando te conocí? ¿Ayer cuando me tomé el primer café en tu casa? ¿¿¿Ayer???

— Sí, ayer... - reímos.

— Podrías habérmelo dicho, pero lo vamos a celebrar, hoy, sí, luego compraremos después de comer una tarta, por la tarde la merendaremos y te cantaré cumpleaños feliz – se encogió de

hombros.

- Pero hay un pequeño problema, después de comer debo ir a casa, tengo la comida que compré en el coche, se me puede echar a perder la carne – me mordí el labio y encogí la cara.
- ¿Y si tú me invitas a merendar a tu casa y yo pongo la tarta? – apretó los dientes.
- ¡¡¡Claro!!! Eso es genial, pero acepto la tarta con una condición, tienes que probar esta noche mi deliciosa sopa que haré.
- Eso es un planazo del sábado – dijo chocando su vaso contra el mío –. Una cosa, ve a por dos cervezas mientras yo voy a mi casa a por el cargador del móvil, no tardo, nos vemos aquí mismo, toma – dijo poniendo en mis manos dinero para pagar.
- Ah no, esta invito yo – dije dándole la espalda y entrando al local.
- Vale, la comida me toca a mí – respondió de lejos marchándose.

Fui hacia la barra con la misma sonrisa de tonta, aquel chico me parecía la compañía perfecta que necesitaba en algún momento, pasar un día con alguien, no con cualquiera, pero Connor tenía algo especial, además de que era muy simpático, correcto, educado, era de esas personas con la que podías pasar horas y sentirte de lo más cómoda.

Pedí las dos cervezas y volví a salir, aún seguía ahí la mesa alta libre, así que

apoyé los vasos, Connor estaría al llegar, él vivía en esa calle, así que no había tenido que ir muy lejos.

Tardó un rato, menos mal que el frescor mantenía un poco las cervezas frías, reí al pensarlo, diez minutos después apareció Connor.

- Perdón – dijo apurado –. Mi madre al verme me pidió que le ayudara a llevar unas cosas al coche, ya que se iba a ver a su hermana que vive a las afueras.
- Nada, tranquilo, no está ya muy fría – señalé al vaso.
- Da igual, estará bien – dio un buche –, entonces vamos a ir a comer una deliciosa hamburguesa y luego a comprar una tarta, a merendar en tu casa y cocinar una rica sopa que cenaremos en la noche – asentía emocionado con la cabeza.
- Eso mismo, pero esta – señalé a la cerveza – es la última – reí al ver cómo me hacía ya efecto.
- A sus órdenes – dijo llevando su mano a la frente.
- Ah no, de eso nada, yo de militar y mandona tengo poco – reí tímidamente.
- Bueno, pero yo soy muy obediente – levantó una ceja.
- Vale, está bien saberlo – puse los ojos en blanco.

— Vamos a por esa hamburguesa, me muero del hambre.

Anduvimos hasta la hamburguesería, él al verla sonrió, ya la conocía, así que nos pedimos un menú cada uno y nos pusimos a hablar de series, películas, libros, documentales, dándonos cuenta de que coincidíamos en muchas cosas.

Tenía una hermana de doce años, Juliette, llegó por sorpresa cuando menos lo esperaban, su padre era el dueño de la empresa de reparto, cosa que me hizo mucha gracia, él trabajaba en las oficinas, pero estaba cubriendo al repartidor que iba a entrar nuevo en dos semanas, ya que el anterior había cambiado de empresa, o sea, que estaba temporalmente llevándome los pedidos, por un lado me hizo gracia, por otro me daba pena no volverlo a ver aparecer por sorpresa.

Su padre tenía sesenta años, se llamaba Pol, en poco tiempo se jubilaría y ya se quedaba Connor al frente. Su madre Fiona, era más joven cincuenta y cinco años, se dedicaba a su familia, nunca trabajó en la calle, el padre podía sustentar a la familia sin pasar necesidades, no eran ricos, pero la empresa los hacía vivir bien.

Connor, entre risas me contaba que era un asalariado y que guardaba gran parte de su sueldo para comprar una casa, con el resto vivía, para sus gastos personales, ropa, etc., pues comer y cosas de la casa, vivía de sus padres y que hasta que no pudiera comprar una casa con muy poca hipoteca, no se pensaba mover de ahí, que no le iban a echar ni con agua hirviendo.

Nunca había vivido solo, había tenido una relación con una chica, duró seis años, lo habían dejado hacia dos años, a ella le salió un trabajo en Japón, por muchos años, con muy buenas condiciones y él no estaba dispuesto a dejar a su padre solo frente al negocio que más tarde sería de él y ahí terminó.

- Bueno, ya que sabemos un poco más de nuestras vidas, toca ir a por la tarta – dijo dando una palmada en la mesa.
- ¡Vamos!

Pelemos, pero pagó él, no hubo forma de convencerlo.

Fuimos a una pastelería con un escaparate que daban ganas de comerlo entero, entramos y rápidamente, se nos fue los ojos a los dos para una tarta de varios tipos de chocolate.

- Listo, ¿verdad? – preguntó sin dejar de mirarla.
- Sin dudas – dije mordiendo los labios solo de imaginar el sabor.
- Por favor – dijo dirigiéndose a la chica –, deseo esa tarta y unas velas que formen el veintisiete – dijo Connor, acto seguido me guiñó el ojo.

Sonreí. Iba a celebrar mi cumpleaños y soplar las únicas velas que no había soplado en toda mi vida, así que, para mí, eso era mi mayor regalo de cumpleaños.

Pagó, solo me faltó chillar, pero nada.

- Soy un trabajador, pero me llega para regalar una tarta – bromeó.
- También pagaste la comida y la primera ronda de cervezas – protesté mientras salía de la pastelería.

- Tampoco me voy a arruinar – rio –, no soy rico, pero sí currante.
- Yo también soy currante y me da para pagar la tarta y comida, sin arruinarme – hice una mueca.
- Estamos celebrando tu cumpleaños, tienes que dejarte cuidar – dijo colocando las cosas en su coche, que estaba cerca aparcado –, mótate, te llevo a tu coche.
- Está en la calle de atrás, puedo ir andando.
- No, mótate, te llevo – dijo abriéndome la puerta.

Me monté en mi coche, él esperó para ir detrás, puse la música, miraba por el espejo retrovisor, lo veía, estaba siendo el día más feliz de mi vida, desde hacía mucho tiempo.

Llegamos a mi casa, Connor, vino directo a coger todas mis bolsas, entramos, el día estaba refrescando, las temperaturas habían caído, así que encendí la chimenea, fui al cuarto a cambiarme ya que, casa más ropa de calle, no era de mi agrado.

Unos leggins negros y una camiseta de igual color, ya estaba en mi salsa.

- Estoy alucinando con este tocadiscos, es toda una reliquia, además la cantidad de vinilos que tienes que son una joya.
- A mi padre le encantaba escuchar música ahí, yo lo sigo poniendo,

me acostumbré a su música, sobre todo a la americana de los ochenta: John Lennon, The Beatles, Bob Dylan... me dejó ese legado – sonreí.

- Ya veo – sostenía algunos en las manos -. ¿Ponemos este?
- Claro, The Eagles, Hotel California, una de mis preferidas.
- La mía también – dijo colocándolo -. Esta casa me da una sensación de tranquilidad que es increíble, es como si todo lo que durante el día te mantiene en tensión, aquí se fuera.
- Sí, adoro esta casa, vivo muy tranquila, a pesar de la soledad.
- Ya, desde que me contaste lo de tus amigas, una en Francia y otra en EE. UU., añadido a la partida de tu padre, me imaginé tu vida solitaria, lo fuerte que tienes que ser, para acostumbrarte a eso.
- Bueno, no queda otra, ahora mismo es así, quién sabe si algún día cambia...
- A partir de ahora ¡me tienes a mí! ¿Me aceptas como amigo? – puso cara de angelito.
- Bueno, me lo pensaré – bromeé haciéndome la interesante.
- Tienes para pensarlo, hasta que yo encienda luego las velas de la tarta para que la soples – hizo un gesto con la cabeza.

- Ah, vale, perfecto, vamos a la cocina y mientras me lo pienso, voy preparando la sopa que cenaremos – guiñé el ojo.

La música sonaba, los dos cantábamos tateando la canción, mientras él sacaba las cosas de la compra sobre la mesa y yo iba preparando todo para hacer la sopa.

Pollo, verdura y mi toque, en cuanto empezó a hervir, ya se podía oler.

- Voy a preparar el café – dijo acercándose a la cafetera.
- Genial, es una idea genial.
- Propongo algo.
- Adelante – dije intrigada.
- El café y la tarta lo tomamos en el porche, en ese lugar que tomamos nuestro primer café, aunque ahora refresca, nos echamos por encima algo...
- ¡Me gusta!
- ¿Yo? No pensé que te declarararas tan pronto... - bromeó.
- Pues ya ves, has tenido suerte – dije soltando una risa.
- Ya veo y... ¿Cuándo decías que me podría venir aquí a vivir con mi

novia?

Solté una carcajada nerviosa, era un juego, pero en el fondo me ponía nerviosa.

- Ah, eso lo vamos hablando, sin prisas, no te estreses, ni agobies – dije con ironía.
- Menos mal, pensé que me dirías que mañana mismo y ya estaba entrándome el agobio, me veía corriendo, sacando todo de mi habitación y preparado la mudanza en veinticuatro horas. Gracias por darme unos días más – siguió bromeando.
- Bueno, quién dice unos días, dice unos meses o un par de años, sin prisas, no me gusta agobiar.
- Ah no, dos años ¡no! – me sacó la lengua y guiñó el ojo. Puso las velas sobre la tarta.

Sirvió el café, lo puso sobre una bandeja con dos platos, además de la tarta, nos fuimos hacia fuera mientras me cantaba cumpleaños feliz, la puso sobre la mesa y aplaudió mientras me hacía el gesto de que soplara.

- ¡¡¡Bien, bravo!!! – dijo con euforia aplaudiendo – Espero que el deseo tenga que ver con los dos – soltó una risa y se puso a silbar como el que no quiere la cosa.
- Gracias – sonreí mientras que negaba con la cabeza.

Cortó la tarta y la sirvió en los dos platos, nos sentamos y de repente fue al coche y trajo una bolsa preciosa de una joyería.

- No existen cumpleaños sin regalos – me guiñó el ojo y la puso sobre mis manos.
- Oh no. ¿Y esto?
- Nada, cuando me dijiste que ayer fue tu cumple, me fui corriendo a comprarlo a una joyería de la calle que son amigos míos y luego lo dejé en el coche, no fui a por el cargador, en el coche llevaba dos... - sonrió.
- No debiste hacerlo, tu compañía y la tarta ya son un gran regalo – puse cara de pena.
- Ah no, abre el regalo, no te iba a dejar sin él.
- Gracias – dije mientras abría la bolsa y sacaba una cajita de dentro –. Qué bonito, por favor – dije emocionada viendo la cadena de plata con un precioso colgante de un árbol labrado, original y precioso, con las ramas en verde, una joya preciosa en plata –. Es demasiado – no se me quitaba la cara de sorpresa. Me lo puse inmediatamente.
- ¿Te ha gustado de verdad?

- Claro, tienes mucho gusto.
- Bueno, me ayudaron los propietarios de la joyería – sonrió.
- De verdad, muchas gracias, pero fue demasiado, te salió caro el día – apreté la cara.
- Te mereces todo, solo por esa preciosa y tierna sonrisa, te lo mereces todo – dijo cogiendo mi mano y dándole un beso.

Me encantaba, su delicadeza, humor, forma de tratarme, no podía creer que estuviera pasándome a mí, me daba pena solo de pensar que, por la noche tras la cena, se iría, me quedaría con él más tiempo sin dudarlo, era una de las mejores compañías del mundo.

Merendamos y volvimos a la cocina, ese día estaba demasiado fresco, así que nos refugiamos dentro, mientras charlábamos y yo cocinaba varias cosas, entre ellas, nuestra sopa para la noche.

- Ese guiso tiene una pinta... No puedo ni imaginar cómo quedará – dijo moviéndolo.
- Lo comeré mañana, si te apetece estás invitado, siempre eres bien recibido.
- Así que mañana también estoy invitado, esto me va gustando más, ya

tengo plan para el domingo – hizo un movimiento con los brazos de
¡Bien!

– Aquí tienes las puertas abiertas cada vez que quieras – dije dándole un toque sobre su nariz.

Me agarró por la cintura, me dio un beso sobre la frente y me soltó.

– Gracias, guapa – dijo agradecido y feliz.

– Si lo sé, me hubiera traído el pijama y ya hubiéramos hecho hasta un maratón de pelis hasta caer rendidos – rio.

– Estás a tiempo de ir, a la sopa le quedan como dos horas, no tardas ni una en ir y volver – lo reté.

– ¿En serio? No me lo digas dos veces.

– No eres capaz – le saqué la lengua.

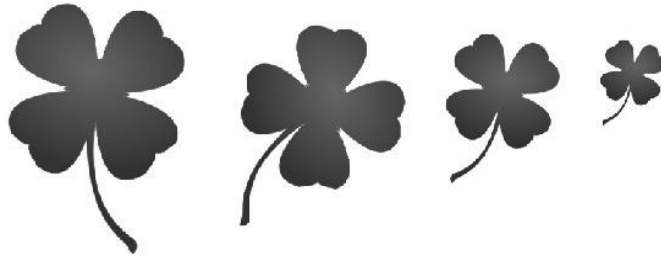
– ¿Que no qué? Ahora nos vemos – dijo saliendo de la cocina y la casa precipitadamente.

Se me quedó una sonrisa de oreja a oreja que costó bastante rato que se quitara de mi cara.

Veinticuatro horas que lo conocía y ya iba a dormir en mi casa, mi padre me hubiera leído la cartilla, aunque si lo hubiese conocido, creo que se hubiera

quedado más tranquilo, algo me decía que Connor era especial.

Capítulo 3



Volvió a aparecer por la puerta, con un chándal Adidas que me encantaba, el de toda la vida azul marino y las rayas blancas a los lados, debajo una camiseta blanca, que le quedaba de muerte y una mochila sobre la espalda, sonriendo y feliz, además traía un envase de transportar comida.

- Esto para que lo pruebes, te lo manda mi mamá.
- Te lo habrá dado para ti, ¿no? – reí cogiéndolo.
- No, para ti, le hablé de ti, estaba haciendo estos panes de leche y me dijo que trajera para que lo probases.
- Vaya, muy agradecida – dije mientras imaginaba que le había hablado a la madre de mí, eso me halagaba.

Lo abrí y cogí uno de los seis que había.

- ¿Qué tal? – dijo soltando la mochila en el salón.
- Esto está buenísimo – dije mientras ponía cara de placer, lo masticaba y con la otra mano sujetaba el envase.

- Sabía que te gustaría – sonrió.
- Tu madre es una excelente cocinera, solo con este tacto en el pan de leche y el sabor tan tradicional, me imagino que cocinará de muerte.
- Cuando quieras vamos y opinas por ti misma.
- Pobre mujer, tiene bastante con aguantarte a ti, como para también a mí – bromeé.

Preparamos la mesa que había justo en frente de la chimenea, con los dos sofás gigantes, ahí nos sentamos uno cada uno, con el pan de leche, la sopa y unos crujientes que había preparado con queso y mermelada.

Encendimos la tele y pusimos de fondo un documental sobre el universo, tema que discutimos sobre las posibilidades que había que muchas cosas que nos habían contado, no fuera como tal, como el misterio de que solo se haya pisado la luna una vez, hace tantos años y hoy en día con la tecnología tan avanzada, ya no lo hubieran hecho más, los dos coincidíamos en lo mismo, que aquello fue un montaje y nunca llegó el hombre.

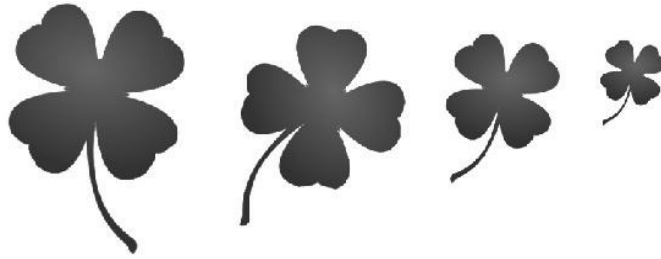
Fue una provocación de los EEUU hacia la URSS, que tenían intención de hacerlo.

Reímos al pensar lo mismo, como ciertos temas de Marte, no creíamos que fuera el planeta rojo, sino que lo querían mostrar así, cosa que, si se pone a color, se ve perfectamente que es como la tierra.

Así nos tiramos horas, charlando, viene documentales, opinando y debatiendo

todo, con una sonrisa de oreja a oreja, hasta que no sé en qué momento ni a qué hora nos quedamos dormido, cada uno en un sofá, frente a la chimenea.

Capítulo 4



Olí el café rápidamente, abrí los ojos y miré hacia la cocina, ahí estaba él, felizmente preparando el desayuno.

- Buenos días – dije en voz lo más alta que pude mientras me levantaba del sofá.

- Buenos días, reina, aquí haciéndole a la mujer más bonita del mundo el desayuno.

- Genial, eso es algo que nunca me sucede – sonreí asomando la cabeza por la puerta de la cocina –. Ahora vuelvo – dije señalando al baño.

Me lavé la cara y los dientes, me peiné, me cogí una cola alta y salí ya con mejor cara.

Ya estaba en el porche, al salir sonreí, los cafés y tostadas, todo perfectamente puesto sobre la mesa.

- Gracias – dije echando el azúcar.

- Esto es un placer para mí, soy un chollo, piénsalo – rio.
- Ya veo – sonreí.
- No sabes la suerte que tienes de poder desayunar todas las mañanas aquí.
- Lo sé, es mi momento más mágico y deseado, siempre lo hago, con mi padre también lo hacía.

Connor se sentía cómodo ahí, se le notaba, no paraba de decirlo, además, era algo que se palpaba, su cara, gestos y palabras, no decían otra cosa más que le gustaba ese rincón.

- Estoy pensando, que, aunque sé que tienes la comida desde ayer hecha, la puedes guardar para esta semana, quiero llevarte a un sitio a comer. ¿Aceptas? – dijo taza en mano y con una preciosa sonrisa.
- Yo acepto encantada, pero ya no creo que debas de gastar más, así que vamos, pero me toca invitar a mí – puse cara de que no tenía otra alternativa que acceder.
- A ver, sé que por ahora solo soy un asalariado, pero que al igual que tú no pagas casa porque te la dejó tu padre, yo no pago porque vivo con ellos, así que no me arruinaré, solo ahorraré menos este mes – dijo sacándome la lengua.

- Yo también trabajo y me gusta pagar e invitar, así que he dicho que me toca a mí.
- Y yo he dicho que invito yo, a ver sido más rápida y proponer tú...
- Sí, yo tenía la comida hecha para invitar, no me seas tramposo, pero vamos que voy a invitar yo porque era lo que iba a hacer y si no es en mi casa, es en la calle, pero me toca a mí...
- Pues no y, además, no hay más nada de lo que hablar sobre eso, si tú quieres, el fin de semana que viene lo propones tú y yo acepto, así de paso te volvería a ver – dijo descaradamente para mi alegría.
- Vale, el sábado te invito yo a comer – dije emocionada.
- ¿Esta semana no recibes ningún paquete? – preguntó con doble sentido – Hasta el sábado no verte, se me hará difícil – su cara se convirtió en pena y yo me reí.
- No, no espero ningún paquete, pero si hace falta pido uno de estos libros que llegan a las veinticuatro horas y todos contentos – solté una carcajada.
- Ah no, dime qué libro vas a pedir, te lo regalo y pongo la entrega aquí – me guiñó el ojo.
- No, ya vale, ya, no quiero ser la culpable del bajón de tu cuenta bancaria – negué con la cabeza.

- Tranquila, estoy intentando conquistarte, eso de casarme con una mujer con casa pagada me quita muchos problemas de la cabeza y me ahorro el ahorrar toda mi vida para comprar una – rompimos a reír.

Escupí el trago de café que había acabado de dar, puse la mesa y a él todo lleno, me tapé la cara con la mano al ver la que había liado, pero el culpable era él.

- A ver, cómo te lo digo, me podrías haber dicho que no a lo de la boda, de alguna manera que no doliera tanto, ¿pero escupirme? Joder, jamás pensé que me pasara eso – dijo bromeando.
- ¡¡¡Perdón!!! – grité riendo y preocupada al verle todo manchado.
- Nada, menos mal que aun no me cambié, sino, nos hubiéramos quedado sin ir a comer – reía sin parar.

Nos duchamos, primero él y luego yo, obvio, aunque a estas alturas no me hubiera importado hacerlo con él, ya babeaba y mi corazón latía a mil por horas.

Salimos en su coche dirección al norte, paró en los aparcamientos de un supermercado de esos de veinticuatro horas, me dijo que lo esperara que no tardaba y me dejó metida en el coche. Un rato después salió y metió bolsas en el maletero.

- Nada, recordé que mi madre me pidió unas cosas ayer, se me olvidó comprarlas, ya luego se las doy – dijo arrancando el coche.

Un rato después paramos en un lugar precioso, con unas vistas estupendas, a pie de acantilado, un lugar hermoso de esos que tiene Irlanda.

- Qué pasada...
- ¿A que es una maravilla?
- Lo es, dije andando hasta llegar al borde del precipicio.

Cuando me giré ya lo tenía todo montado, solté una carcajada, era una caja sorpresas.

- Ese mantel me suena – dije sonriendo mientras negaba con la cabeza.
- Si, lo cogí mientras te duchabas, recordé dónde lo ponías y tuve ese atrevimiento para darte la sorpresa.
- Me encanta, me encanta que el lugar para comer sea este.
- Me alegro – dijo sacando las cosas que había comprado en el supermercado y que resultó no ser para la madre –. Toma – dijo dándome un botellín de cerveza –, menos mal que los compré bien fríos.

El mantel, las cervezas, unos deliciosos sándwiches, unas patatas chips, el entorno, Connor, yo era la mujer más feliz del mundo.

- Gracias - dije tímidamente -. Hacía mucho tiempo que no recordaba qué se sentía al estar pasando buenos momentos con alguien.

Connor se levantó y se vino hacia mí.

- Gracias a ti, por dejarme haber entrado en tu vida, por hacerme compañía en uno de los fines de semana con más encanto de mi vida – me dio un abrazo para mi asombro.

Sí, un abrazo, con todo el cariño del mundo, con su correcta forma de ser, para luego darme un beso en la frente, era muy respetuoso, pero yo deseaba con él un beso de verdad, de película, pero estaba claro que no sería yo quien diese el primer paso.

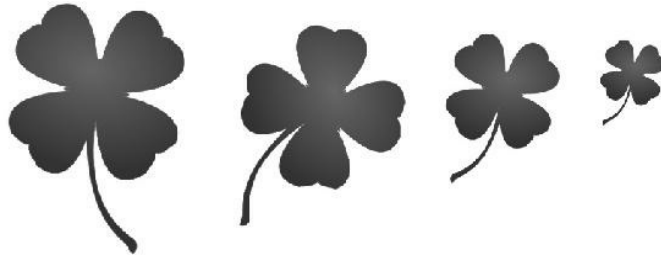
Comimos allí, nos tiramos varias fotos con su móvil, el mío era tan malo, que las fotos salían de muy mala calidad, ya si que estaba pensando en comprar uno, tenía que actualizarme. Connor, bromeaba mucho con mi móvil, no llegaba a entender que todos lo tienen en un primer plano en su vida, pero para mí siempre estuvo en un segundo plano, a veces ni lo miraba en días, es más, la batería me duraba hasta tres días, de no usarlo, además sin aplicaciones y redes, no me gastaba nada.

Después de un buen descanso en el mantel tras comer, nos metimos en el coche para volver y en mi casa, tomamos el café.

Nos despedimos, quedando en vernos el fin de semana siguiente, ya que los dos trabajábamos, pero hablamos de pasar el fin de semana juntos, ya que él, solo trabajaba esta semana hasta el viernes a media mañana, entonces se

vendría a casa e improvisaríamos sobre la marcha, pero se quedaría conmigo hasta el domingo.

Capítulo 5



Las 9 de la mañana y café en mano dispuesta a sentarme en mi rincón favorito, con una sonrisa en los labios al recordar a Connor y la tristeza de saber que no lo vería hasta el viernes.

Abrí la puerta y casi no tiro el café en el suelo de milagro, no podía creerlo, tenía toda la barandilla de madera llena de orquídeas, iban intercaladas entre rojas y blancas, seis de cada color, pero iguales que las que me habían regalado los dos días anteriores.

¿Quién podría ser? ¿Estaría una de mis amigas en el pueblo?

Me senté en el balancín con el café, no podía dejar de mirarlas ¿acaso sería Connor? Imposible, lo conocí el mismo día que me trajo el paquete con la primera orquídea, no tenía lógica...

En el fondo, nada tenía lógica, pero era lo maravilloso de la vida, cosas que te sorprenden, que te dejan con la incógnita, esas que a la vez te sacan una sonrisa...

Estuve una hora en el porche, hasta que entré para ducharme, arreglar la casa y comer, tenía que ir a trabajar.

Justo antes de entrar al supermercado, me pitó un mensaje de WhatsApp, cosa que me impactó, nunca solía nadie escribirme.

“Que tengas buena jornada. Feliz día, guapa.”

Sonreí, como una quinceañera que acaba de ver a el chico que le gusta, no podía creer que Connor me hubiese escrito.

Le respondí el mensaje justo antes de entrar.

“Igualmente. Gracias por acordarte de mí.”

Sonreí tímidamente de nuevo, no quería hacerme ilusiones, pero estaba viviendo un momento muy bonito e inesperado que estaba cambiando mi vida.

La tarde en el trabajo fue muy divertida, ya que vino un señor que lo hacía de vez en cuando, vivía por la zona y siempre pasaba con el algo anecdótico.

Esa tarde cuando apareció se vino para mí y comenzó a contarme que su mujer estaba en la ciudad con su hermana pasando el día y que volvería por la noche, se tiró media hora explicando que le iba a preparar una cena sorpresa, que por eso venía al supermercado, a comprar las cosas que le hacían falta para poderla preparar.

Llevaban 45 años casados y a él se le veía tan feliz como la pareja que se acaba de conocer y está viviendo un momento mágico, sentía alegría que hoy en día siguiera existiendo el amor duradero, ese que no muere a pesar del paso de los años.

Tras contarme todo lo que tenía planeado, se fue a coger todo lo que necesitaba y a la salida cuando paso por caja todo y lo ayude a colocarlo en las bolsas, se despidió de mí con una frase que nunca lo había hecho, pero que

me hizo pensar que aparte de tener una muy buena intuición, algo debería de estar cambiando en mí para que lo notaran.

— Hoy tienes un brillo especial en la mirada — dijo saliendo por la puerta y dejándome boca abierta.

Helada, me había quedado como un cubito de hielo, sonriendo y avergonzada a la vez.

Regresé a casa por la noche y me preparé un poco de la sopa que cenamos el sábado Connor y yo.

Estaba feliz, me había puesto el pijama y salí a ver de nuevo las orquídeas que tanto me gustaban, a pesar de producir una incertidumbre de intriga en mí.

Recibí otro WhatsApp, algo me dijo que era Connor y no me equivoqué.

“Que sueñes bonito, buenas noches, guapa.”

Sonrisa y más sonrisas la que Connor, conseguía sacar de mí.

“Gracias, igualmente, que descanses. Besos.”

Me acosté feliz, como lo llevabas haciendo las dos últimas noches...

Por la mañana, tras volver a coger el café como todos los días para salir al porche, un ruido llamó mi atención fuera, cuando salí, me encontré en una cesta a dos cachorros preciosos y una nota que decía;

“Lo han dejado abandonado en la puerta de una tienda, pensé que no podría estar en mejor lugar que en tu casa, espero que tú no los abandones.”

Mi cara era un poema, los cogí a los dos y me los puse en la falda, rápidamente me di cuenta de que eran dos hembras, dos preciosas niñas de alguien que me había echado la responsabilidad a mí, pero qué casi desde el minuto uno, me estaban robando el corazón.

En mi casa el último que tuvimos se llamaba Toby, murió 4 meses después que mi padre y me dolió tanto que por eso no adopte ninguno más, pero tenía en mente hacerlo, pero ahora de repente me pusieron estas dos aquí y ahora o nunca era el momento...

Me tomé el café jugueteando con ellas, eran de lo más cariñosa, reía solo de pensar el marrón que me había acabado de comer, que quién tuvo la genial idea de dejarlas ahí, pero que yo no estaba dispuesta a abandonarlas.

Las miraba e intentaba ponerle nombre, al final decidí ponerles a las dos el nombre de mis amigas, así que se llamarían Chloe y Mary.

Me puse la ropa, las monté en el coche y me fui a una clínica veterinaria que había cerca, así que la vacunaron, me dieron cita para la próxima vacuna y ponerles el chip, aproveché también para comprarles la comida.

Se les notaba feliz correteando por el salón, aunque dormían bastante, eran muy pequeñas, apenas dos meses, eran de la raza Cocker.

Eran marrones, preciosas, con unas orejotas que daban ganas de comerlas, así que les tiré una foto y se la mandé a Connor, contándole la odisea.

“Son preciosas, espero que, al tener doble compañía, no me abandones.”

Me hizo gracia su comentario.

“Tranquilo, todos tenéis vuestro espacio.”

Volvió a contestar.

“No lo dudaba, en el fondo soy también muy tierno.”

Mi casa y mi vida se estaba agrandando a pasos agigantados, por un lado, él, que conseguía mover muchas mariposas en mi estómago y por el otro lado Chloe y Mary, que eran dos amores que llenaban mi hogar.

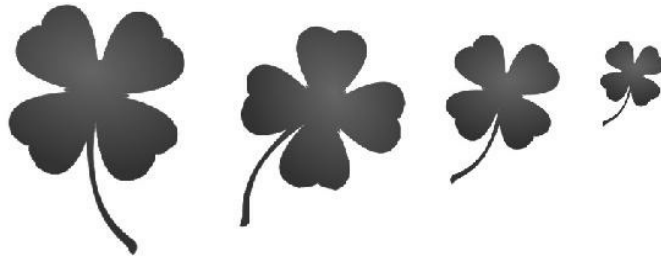
Cuando me fui a trabajar, les puse la cesta y una mantita en la cocina y cerré la puerta, no me fiaba de dejarlas en el salón y que hicieran una de las suyas, así que allí tenían agua y comida.

La tarde me la pasé sin poder dejar de sonreír, ilusionada con mi vida, con todo y, sobre todo, con ilusiones, esas que hacia mucho que no tenía.

Llegué a casa y al abrir la puerta de la cocina aparecieron ellas toda feliz moviendo el rabo, me las comí a besos, luego me puse a limpiar la que habían liado haciendo sus necesidades, pero eran pequeñas, me lo esperaba.

Las saqué fuera para que corrieran un poco, unos diez minutos, yo me senté en el porche y ellas correteaban mientras jugaban en el jardín, pero me miraban todo el tiempo, para asegurarse de que no me iba sin ellas, me hacían mucha gracia, luego las metí a dentro y nos pusimos en el salón, ellas en su cestita debajo del sofá y ahí pasé la noche juntos a ellas.

Capítulo 6



Las escuché jugando, miré el móvil y eran las nueve de la mañana, solo un pipi, se habían portado, así que lo recogí, me preparé el café y salí al porche con ellas, al abrir la puerta, me vi a Connor sonriendo en el balancín.

- ¡¡¡Connor!!! – dije emocionada.
- ¿Y mi café? – preguntó sonriendo – Buenos días.

Le di un beso en la mejilla y le puse encima a Chloe y Mary, él las abrazó rápidamente y entré a ponerle uno.

- ¿Cómo que has venido?
- Hombre, tenía que conocer a tus nuevos miembros de la familia – me guiñó el ojo y las soltó para que corretearan.
- ¿Y tantas orquídeas? – preguntó.
- Hay, eso no tengo ni idea, primero las dos que me trajiste, luego el lunes amanecí con todas esas ahí, no tengo ni idea de quién es.
- Eso es un enamorado, no puede ser otra cosa.

- ¿Qué enamorado? ¡No conozco a nadie! – reí.
- Pues hay alguien que parece que sí te conoce a ti, espero no cruzármelo – sonrió.
- ¿¿¿Celoso??? – pregunté bromeando.
- Sí, para qué te voy a mentir – sacó su lengua.

Las perras jugaban en el jardín, a pelear entre ellas, era de lo más divertido verlas, los dos nos quedábamos embobado haciéndolo.

Un rato después de charlar y tomar dos cafés se tenía que ir para seguir trabajando y lo acompañé hasta la esquina de mi casa que había dejado el coche para que no lo viera llegar y darme la sorpresa.

- Gracias por venir – dije mientras sostenía una perra en cada brazo.

Sonrió, le dio un beso a cada perra en la cabeza y vi que me lo iba a dar a mí, cuando fui a agachar la cabeza, él me sujetó la barbilla para levantar mi cara y me dio un precioso beso, corto pero bonito en los labios.

Me quedé a cuadros, se metió en el coche sonriendo, levantó su mano despidiéndose y se fue.

Ese día era flotando en una nube, tenía una cara de tonta que no podía con ella, pero era todo de color, ese que hacía tiempo que faltaba en mi vida.

Por la noche antes de dormir recibí un mensaje de él.

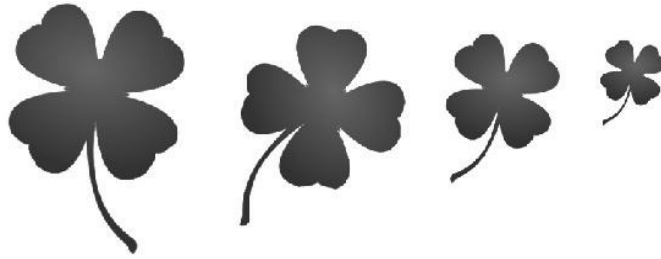
“Ese beso que te robé espero que sea el primero de muchos. Buenas noches, mi niña.”

Babeando, de muchos decía...

“Todos los que quieras... Buenas noches, Connor.”

Así me dormí, flotando, rodeada de mucho amor, viviendo un gran momento.

Capítulo 7



Despertar y ver que mis niñas estaban en la puerta deseando salir y que no habían hecho sus necesidades dentro, era algo que era impresionantemente bonito, así que abrí corriendo para que salieran, por supuesto antes le di un besazo a cada una.

Las dejé fuera jugando mientras preparé el café, luego cuando salí las dos movieron el rabo contentas, sí, se ponían contentas teniéndome a la vista.

Era jueves, ese día que me tocaba currar por última vez hasta el lunes, además de que al día siguiente Connor vendría a pasar el fin de semana.

Mientras tomaba el café sonó el móvil, entré rápido a la cocina, allí estaba y una sonrisa me salió al ver que era Connor.

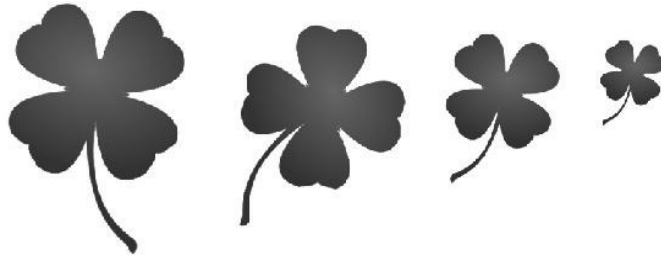
- Buenos días – dije mientras volvía a salir al porche.
- Buenos días. ¿Qué tal mis tres niñas?
- Muy bien – reí –, las peques andan jugando.
- Les he comprado una cosita a las dos, mañana se las llevo.

- ¿En serio? – pregunté emocionada.
- ¡Claro!
- Qué bonito detalle, me alegra que les cojas cariño.
- Por supuesto, son mis niñas también.
- Qué suerte tienen – reí.
- Suerte la mía de teneros a las tres. Mañana solo tengo que repartir dos cosas, las demás las dejo lista hoy, ya que llegaron todas, así que las entregaré de camino a tu casa y estaré por allí no más de las diez. ¿Qué te parece?
- Magnifico, te esperamos con un café entonces.
- Estupendo, ya puedo olerlo.
- Gracias por todo, Connor.
- Gracias a ti. Mañana nos vemos y que tengas un excelente día.
- Igualmente. Hasta mañana.

El día fue lento, no sé porque, pero no pasaban las horas, cuando salí del trabajo resoplé de alivio y me fui para mi casa con ganas de ver a mis princesas.

Las abracé fuertemente, ellas me daban besos, yo me sentía llena de amor, llena de todo aquello que la vida había preparado para mí.

Capítulo 8



Viernes por fin, en un ratito vendría Connor. Abrí la puerta a las niñas y me fui a ducharme.

Preparé el café y escuché el coche de él llegar, salí a la puerta y ya estaban Mary y Chloe saludándolo.

Vi cómo le ponía a cada una un precioso collar finito, de cuero teñido, uno en rosa y otro en rojo, sonreí, estaban para comerlas.

Luego le dio a cada una un hueso de goma con el que comenzaron a jugar rápidamente.

Entré a poner el café, salí con los dos y el ya se acercó a mí, me agarró por la cintura, me dio tres preciosos besos en los labios y luego un abrazo.

- Qué alegría saber que no se trabaja hasta el lunes – dijo tomando la taza.
- Sí, fin de semana por fin.
- Había pensado que podríamos ir al mercado, comprar de todo para

el fin de semana, cocinarlo hoy, como tienes de costumbre y traer un poco de caprichos culinarios para picar durante el día, además de comprar cervezas y vino. ¿Qué te parece? – sonrió emocionado.

- Incluso hoy podríamos comer en Dublín, cuando compremos, luego nos venimos para hacer todo.
- ¡Excelente!
- Pues me voy a duchar – dije poniendo la taza vacía sobre la mesa – Ojo con esas dos – señalé a Chloe y Mary –, son unas loquillas – le guiñé el ojo.
- Tranquila, ya les tengo en el bote, me hacen caso – sonrió.

Un rato después ya estábamos en el mercado, comprando carne, pescado y verdura, luego fuimos a una pastelería para comprar pan y pasteles. Pasamos por una licorería, las cervezas y el vino no podían faltar.

Comimos una hamburguesa en el mismo sitio y luego nos fuimos hacia el coche, me echó la mano por el hombro, mientras charlábamos, me sentía muy protegida y cuidada, empezaba a sentir emociones que hacía mucho que no recordaba.

- Oh no – dije al entrar a la cocina donde estaba Chloe y Mary.
- ¿Pero que hicisteis, chicas? – les preguntó a las perritas riendo.

La cara de ambas eran un poema, sentadas quietas, moviendo lentamente la cabeza mientras les reñíamos, sin mirar al suelo, donde habían liado una fiesta de un rollo de papel de cocina que no sé cómo habían logrado alcanzar en la mesa, no me entraba en la cabeza.

La dejamos salir a jugar afuera, mientras nos pusimos a recoger todo y preparar la comida, vigilando hacia el jardín para comprobar que no se iban, pero ellas se tiraban en el césped delantero y ahí se quedaban, de vez en cuando entraban saludaban y se volvían a salir, eran de lo más divertidas.

El teléfono de Connor sonó, era su mamá...

— Dime, preciosidad – dijo cariñosamente.

Estuvo un poco escuchándola y terminó la conversación diciéndole que ahora se lo confirmaba por WhatsApp.

— Lisa, mi madre dice que está preparando para mañana un asado, que podríamos ir a comer y pasar la mañana con ellos...

Mi cara era un poema.

— ¿A comer? ¿A tu casa?

— Efectivamente – dijo sonriendo.

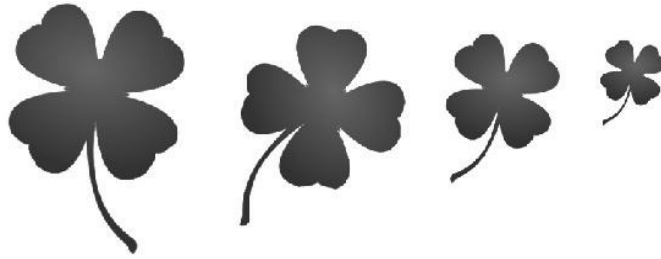
— No sé...

- Quiero que vengas, me encantará que te conozcan – puso cara de súplica.
- Está bien, pero me da una vergüenza horrorosa...
- No seas tonta, estoy seguro de que te caerán geniales y estarás cómoda.
- Estoy convencida de ello, lo malo es que yo les caiga mal – reí mientras bromeaba.
- No creo que exista nadie sobre la faz de la tierra a la que pudieras caer mal – dijo apretándome hacia él y propinándome un beso en los labios –. Voy a contestarle que cuente con nosotros, le hará muy feliz.
- Claro – dije temblorosa.

Estuvimos toda la tarde cocinando, luego nos fuimos a cenar al salón, otro caldo diferente a la semana anterior, este le gustó mucho más, inclusive le pusimos dos cuentos a las perritas para que tomaran eso calentito y nos lo agradecieron con mil besos y un baile del rabo, estaban contentísimas.

Nos quedamos abrazados en el sofá viendo una película de suspense, luego nos fuimos a mi habitación, nada de sofá, le dije que se viniera a la cama pero que no se hiciera ilusiones, nos reímos mucho y eso hicimos, irnos a dormir, aunque yo esperaba que sucediera algo, pero no pasó de aquellos abrazos y besos, que me colmaban de felicidad.

Capítulo 9



Podía escuchar la cafetera desde la habitación, Connor, ya estaba preparando el desayuno, ese día nos tocaba ir a su casa a comer, algo que me producía nerviosismo.

Sonreí, en el fondo que contaran conmigo de esa manera me causaba felicidad, algo bonito estaba sucediendo entre nosotros, de eso no cabía duda.

- Buenos días – dije sonriendo desde la puerta –, me has abandonado – me acerqué y lo abracé.
- No puedo permitir que la mujer más bonita del mundo no tenga un delicioso desayuno al despertar, no al menos mientras me deje estar en sus amaneceres – me guiñó el ojo.
- Bueno, existen otros buenos amaneceres – bromeé atrevidamente.
- ¿Ah sí? – me agarró sugerentemente por la cintura hacia él.
- Aja...
- ¿Aja? – sus manos apretaron mis glúteos – Es bueno saberlo,

hablaremos de ello a la vuelta de Dublín.

- No me has entendido... - puse los ojos en blanco.
- Sí, sí que te he entendido, perfectamente – apretó mi mandíbula con sus manos y me estampó un fuerte beso.
- Veremos... - bromeé para provocarlo.
- Lo veremos... - me guiñó el ojo y me hizo señas de que lo siguiera hacia afuera para desayunar.

Chloe y Mary, vinieron hacia mí muy felices, ya habían saludado a Connor, que les abrió la puerta cuando se levantó a preparar el desayuno.

- ¿Me tengo que vestir de gala? – solté una carcajada mientras mordisqueaba la tostada.
- Claro y cuando les saludes les haces reverencia... - aguantó la risa.
- ¿Son de alguna casa real? – bromeé.
- Por supuesto, de la dinastía de los Temple Bar – puso gesto importante.
- Sí claro, es verdad, no os recordaba, los que quisieron crear su propio palacio y terminaron creando su propia empresa de paquetería – solté una risa –. Pero oye, si tengo que hacerle

reverencia, yo que se la hago, sin problemas, todo sea por hacerlos felices.

— Tú misma – soltó una carcajada mientras negaba con la cabeza.

Las perras tomaron asiento sobre mi balancín, junto a mí, mientras miraban atentas a Connor, que le estaba dando migajas de pan.

Al terminar de desayunar, me duché y nos fuimos para Dublín, estaba inquieta y Connor me lo notaba, sonreía al ver con ese rostro de terror.

— No son ogros... - rio.

— Lo sé, tonto – le saqué la lengua.

— Si es por que te vaya a pedir la mano delante de ellos, tranquila que hoy no lo haré, ya si eso, la semana que viene – dijo bromeando.

— Ah, no, no, a mí me la pides hoy. ¿Para que perder el tiempo? – sonreí mientras le devolvía la broma, me gustaba ese juego.

— Vale, pues quítate el colgante – señaló al que me regaló por mi cumpleaños –. Me lo das y te lo regalo de sorpresa ahora en la pedida, para que suene más formal y bonito – sonrió mientras me guiñaba el ojo.

— Ah, no, no, te curras un buen anillo, tengo la talla 12, ya que no vas a tener que ahorrar para la casa, me pones un buen pedrusco – dije chulescamente aguantando el reír.

- Un pedrusco ... ¿Puede ser de plata?
- Ah no, no – seguía bromeando metida en el papel –, de Oro blanco, algo elegante y llamativo, que tenga carácter.
- ¿Los anillos tienen carácter? – se puso la mano en la frente.
- Carácter, personalidad...
- Un anillo tan inteligente debe costar un pastón – dijo riendo a carcajadas negando con la cabeza.
- Lo que me merezco, ni más ni menos – hice una mueca con la cara.
- Déjame decirte – dijo abriendo la puerta del garaje – que sus deseos son órdenes para mí.
- Pedazo de casa, es alucinante toda la fachada – salí del coche.

Volvimos a salir a la calle para entrar por la puerta principal, una preciosa fachada de ladrillos, las puertas y ventanas en madera roja. De la azotea caían unas preciosas enredaderas que le daban mucha vida a ese frontal.

- ¡Hola! – dijo felizmente su mamá al abrir la puerta – Soy Fiona, la mamá de Connor.
- Encantada – sonreí y me acerqué a besarla –, soy Lisa.

- Yo soy Connor – bromeó besando a la madre.
- ¡Hola! Yo soy Juliette – apareció su preciosa hermana con una sonrisa de oreja a oreja.
- Eres muy guapa, yo soy Lisa.
- Tú también eres muy guapa – dijo entrecortada.
- Hola, yo soy Pol, el único cuerdo de esta casa – dijo guiñando un ojo.
- Hola, Pol – sonreí.
- No hace falta que lo digas, eres Lisa, créeme si te digo que parece que vivieras aquí, no sabes la de veces que se te nombró esta semana – se encogió de hombros.
- ¿De verdad? Espero que no para mal – apreté los dientes.
- Nadie se atrevería – rio Fiona acariciándome el brazo –, pasad, vamos al jardín trasero, hace un buen día.

Fiona se retiró para la cocina.

- Y hay una buena botella de vino esperándonos – irrumpió Pol.

- No esperaba menos de ti, papá – dijo Connor, echándole la mano por los hombros, cariñosamente.

Pol sirvió las cuatro copas de vino, Juliette se sentó en un columpio al lado de la mesa que estábamos nosotros, era muy simpática, una rubia de ojos azules preciosa.

- Entonces ya no le hace falta más a mi hijo robar al repartidor la furgoneta y los paquetes que te tienen que llegar a ti, ¿no?
- ¿Cómo? – pregunté casi sin entender nada.
- ¡Papa! – Negó con la cabeza riendo por la metedura de pata del padre.
- Papá eres un bocazas – dijo Juliette desde el columpio.
- ¿No estabas de sustituto del repartidor? – pregunté alucinando.
- Sí, le sustituía a ratitos – apretó los dientes.
- La he liado, sí, señor – Pol dio un gran trago a la copa.
- No me cuadra nada – dije alucinando -. ¿Ibas solo de repartidor cuando me tenias que entregar a mí?
- Aja...

- ¿Por qué?
- Porque le gustabas – contestó Pol riendo.
- Pero antes del primer paquete no me conocías...
- Que sí, el primer paquete es porque avisó al repartidor de que tus paquetes solo lo entregarían él – respondió el padre ante la cara de Connor de querer matarlo.
- Necesito otra copa – dije tragando de un buche todo lo que quedaba y poniéndola sobre la mesa para que me la llenaran. – Una cosa, las orquídeas y las niñas, no tendrás tú que ver, ¿no?
- Ahora vengo que tengo que hablar con mi madre, voy a la cocina. Acompáñame, Juliette, reunión familiar – dijo Connor, señalando a la niña para que la acompañara.
- No, no tiene nada que ver, pero me da la sensación de que mi hijo ha querido desaparecer en estos momentos de golpe y porrazo – soltamos una carcajada.

El padre era de lo más simpático y divertido, me estaba cayendo genial, en general todos, aunque Fiona seguía en la cocina y había hablado poco, pero por el recibimiento, se notaba claramente que era un encanto.

- Pero yo no lo había visto antes – dije aún en shock.

— Pues parece ser que él sí a ti – soltó otra risa.

No se me quitaba la cara de tonta, un poco después apareció Fiona sonriendo, reclamando su vino y sentándose junto a nosotros.

— Mandé a los niños a por el pan, ya me dijeron la metedura de pata tuya – sonrió con cara de resignación.

— Pues que hubiera espabilado, dijo que se lo iba a contar el fin de semana y pensé que ayer tuvo tiempo para hacerlo – volvió a reír.

— Ayer no, pero luego me lo va a contar, no me quedo con tantas preguntas en mi cabeza – puse cara de desesperación.

— Ese niño no hizo un reparto en su vida, el primero fue a tu casa y el último también – no podía parar de reír, Pol era de lo más gracioso.

— Bueno, tampoco le hizo falta, siempre trabajó en las oficinas y se le dio bien – dijo la madre a modo protectora –. Además, deja al niño que sea él quien se lo cuente, le explique, que así todo se entenderá mejor – intentó decirle de buenos modos que se callara.

Fiona me enseñó la casa, me contó muchas cosas de recuerdos mientras lo hacía, un rato después bajamos y ya estaba Connor y Juliette con su padre sentados y la mesa preparada.

El asado estaba delicioso, acompañado de unas patatas y verduras asadas.

Los padres estaban pendientes de modo cariñoso hacia mí en todo momento y la pequeña Juliette, la veía nerviosa, mirando continuamente a su hermano y sonriendo.

Tras la comida trajeron el café con unos pasteles.

- Aprovecho para hablar – sonrió Connor mirando a su hermana y guiñando el ojo –. Lisa, es hora de que sepas la verdad – me miró fijamente.
- Adelante – dije temerosa y sorprendida.
- Sí, te conocía de antes – miró al cielo con gesto de interesante –. De muchísimo antes, ¿verdad, papá?
- Ah no, a mí no me señales ahora – Dijo Pol levantando las manos.
- Qué morro tienes – dijo fina mirando a su esposo.
- Callad, que esto está interesante – gritó Juliette.
- Bueno, prosigo – carraspeó -. Lamentablemente te conocí en el sitio menos idóneo y deseable, fue en el velatorio de la mujer de mi primo. Ese día estabas velando y despidiendo a tu padre. Había gente que iba y venía, pero tú estabas sola, rota del dolor, te miraba de lejos y tenía ganas de acercarme a intentar consolarte, aunque fuera un poquito.

Comencé a lagrimear, mientras sonreía por eso que me contaba, pero me

recordaba a un momento muy doloroso. Fiona agarró mi mano.

- Quizás tu papá te mandó a Connor para que te cuidara – dijo Juliette sacándome una sonrisa.
- Seguro – reí -, pero ¿cómo conseguiste saber de mí? – pregunté intrigada.
- Tuve el atrevimiento de tirarte una foto con disimulo, la verdad todos los días la miraba, me preguntaba qué sería de tu vida y cuál sería tu historia, hasta que un día decidí enseñar a los repartidores tu foto a ver si a alguno te reconocía y ¡bingo!, el que te repartía no dudó ni un segundo en decir que eras Lisa.
- No me lo puedo creer...
- Entonces ya conseguí tu dirección, tu nombre, pero te busqué meses por las redes y nada, ahora entiendo por qué – soltó una risa -. Hasta que un día decidí que sería tu nuevo repartidor – se encogió de hombros.
- Joder, me siento importante y todo – reí.
- Lo eres – metió la mano en su bolsillo y sacó una cajita -. Verás, eres mucho mejor a lo que idealicé, me lo pusiste todo más fácil de lo que jamás soñé y ahora vas y me pides un pedrusco con carácter y personalidad – abrió la caja ante mi cara de asombro -. Aquí lo

tienes, espero que mi cómplice y yo – miró a Juliette – hayamos acertado y de paso preguntarte: ¿quieres acoger a esta humilde familia en la tuya y de paso llevarme por el buen camino? – se agachó ante la risa de todos.

- No, esto no es así. Claro que acepto, aunque sea una locura de apenas dos semanas – dije agachándome junto a él -. Pero esto no es necesario – dije señalando a la sortija.

La sacó y me agarró la mano, me la colocó en la mano izquierda, quedaba precioso, de oro blanco y la parte de arriba eran como unos puentes finos de diamantes chiquititos, formando como una media bola arriba, del largo del dedo de lado a lado, una preciosidad que no me quería imaginar cuanto le habría costado.

- He dejado aquí un riñón – rio –, espero que al menos me des un hueco el día de mañana en el jardín de tu casa, aunque sea para montar una tienda de campaña – reventamos todos a reír.
- Esto es una locura, pero créeme, para mí ya tienes un lugar en mi vida – dije de todo corazón – y todos ustedes también.
- Igualmente, cariño – dijo Fiona acariciando mi hombro.

Lloré abrazada a Connor, bueno fue al primero que abracé, terminamos todos haciéndolo, de locura, pero era real, en el fondo ellos llevaban ocho meses escuchando hablar de mí, enseñaba mi foto todos los días, así que para ellos yo ya de algún modo existía. Para mi todo fue muy rápido, pero casi desde el

primer momento sentí que con él tenía una conexión que era demasiado fuerte.

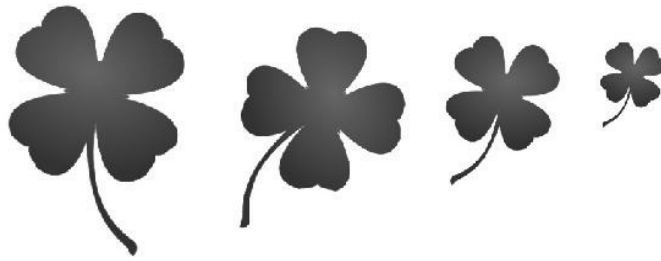
Nos despedimos sobre las siete de la tarde, prometieron venir a mi casa al siguiente fin de semana.

Connor y yo nos fuimos, como algo más, como una nueva vida que estaba por empezar.

El camino lo hicimos en silencio, con una mano conducía y con la otra acariciaba la mía, yo iba como en una nube.

¿Estaba loca? Puede ser. ¿Era todo demasiado rápido? Sí, pero la vida a veces pone las cosas en el momento oportuno, sin necesidad de esperar más que el momento que se nos presenta y eso me estaba pasando a mí, llegó sin permiso, tocando mi corazón y no había nada que esperar, no sabemos el tiempo del que disponemos y no existen baremos para asegurar si es en un tiempo correcto o no.

Capítulo 10



Llegamos a casa, Chloe y Mary salieron felices al jardín, dejamos la puerta entreabierta para vigilarlas y que entraran cuando quisieran.

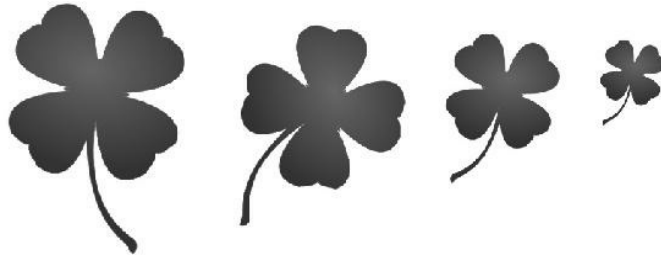
- ¿Estás feliz? – me agarró por la cintura.
- Mucho – le di un tierno beso en los labios, como muestra de agradecimiento por todo.
- No te imaginas cuánto tiempo he estado esperando este momento – puso mi flequillo detrás de la oreja y me dio un largo e intenso beso –, te amo desde el día en que te vi.
- Pero dime una cosa, ¿de verdad no eres el que me mandas las orquídeas?
- ¡No! Además, he sentido muchos celos y me preocupaba mucho ese tema, al venir directamente de una floristería que nos encargamos de su reparto, no tenemos por qué saber quién lo envía.
- Yo tampoco tengo ni idea, espero algún día saber quién fue sólo por curiosidad – encogí los hombros.

Las perras entraron jugueteando y pidiendo un poco de atención, así que nos sentamos con ellas en el sofá un rato a darles mimos.

Esa noche pasó lo inevitable, pasión, deseo y fogosidad, se unieron para hacer inolvidable el momento más esperado y mágico que podía suceder, superando todas mis expectativas, cariñosamente, pero con un alto voltaje de sensualidad.

Sin prisas, pero sin pausas, pude notar en todo momento el deseo que sentía hacia mí, su rostro disfrutando y feliz por tenerme entre sus brazos, desnudas, sin prejuicios y dejándonos llevar por nuestros sentimientos.

Capítulo 11



Levanté con la sensación de fuego entre las sábanas, rápidamente me di cuenta de que se trataba de Connor, estaba empapado en sudor y con una fuerte fiebre, me puse alarmada.

Lo desperté, lo acompañé a ducharse, lo metí en el coche y me lo llevé para el hospital de Dublín, no sin antes, llamar a sus padres, que ya me indicaban que nos daban el encuentro allí.

Llegaron antes que nosotros, estaba esperándonos en la puerta, al verlo, su madre se preocupó bastante, el rostro de Connor era de palidez total.

Nos atendieron rápido, Connor entró con su madre, no quería quitarle el lugar, ni era justo, ni oportuno, así que preferí ir con Pol a tomar un café mientras esperábamos.

Un rato después apareció la madre, venía triste y con dolor en el rostro.

- Un café, por favor - dijo al camarero mientras se sentaba —. Connor tiene un virus, no se sabe cuál, van a empezar a descartar por pruebas, se tiene que quedar ingresado, ahora le están haciendo una y luego nos avisaran por megafonía cuando lo tengan en la habitación que le designen. Las constantes las tiene débiles y apenas reacciona.

Mis lagrimas no tardaron en brotar ¿Qué le estaba pasando? ¿Qué había ocurrido para ponerse ese? ¿Por qué me pasaba ahora esto?

Fiona agarró mi mano.

— No te preocupes, saldrá de esta, no me cabe duda, pero deben averiguar rápido que tiene.

— Claro que saldrá. ¡Por Dios! Claro que saldrá – dijo Pol.

Yo no podía ni hablar, el silencio fue nuestro compañero durante las dos horas que duró que nos llamaran y salimos pitando a la consulta del médico.

Nos saludó y nos dijo que nos sentáramos, yo estaba con miedo a escucharlo, tenía una sensación tan fea que me estaba ahogando.

— Ha entrado en coma...

— ¿¿¿Cómo??? – gritó Fiona desesperada.

Me puse las manos sobre la cara y exploté a llorar, como hacía mucho que no lo hacía, sintiendo que la vida, se había encargado de dejarme sola y con dolor en este mundo, otra maldita cosa no podía ser.

— Vamos a hacerle unas pruebas aceleradas, cuanto antes demos con lo que es, antes podremos remediar lo que va avanzando tan rápidamente. Está en la unidad permanente, controlado cada segundo por el personal de turno, solo se puede entrar una vez al día, hasta

mañana a las diez, no podréis entrar, deberíais de ir a descansar, cualquier cosa le llamaremos.

Me levanté y salí corriendo, ni dije adiós, solo quería chillar, eso que hice nada más salir del recinto.

Mi madre, mis abuelos, mi padre y ¿ahora la vida me quiere arrebatar esto? ¡¡¡No!!! No podía irse, no podía dejarme con este dolor, tenía que vivir conmigo, teníamos que formar una familia, teníamos mucho para darnos.

- Lisa – Pol apareció delante de mí.
- Dime – dije secándome las lágrimas.
- Va a salir de esta, créeme, te lo juro, va a salir – dijo abrazándome fuertemente y rompiendo los dos a llorar más aún.
- Tiene que salir – dije como pude, no me salían ni las palabras.
- Vente a casa con nosotros estos días, no te quedes sola allí.
- No puedo, están Chloe y Mary, no puedo dejarlas solas.
- Tráelas, tenemos patio para que jueguen y pueden dormir donde quieran.
- Vente, Lisa – irrumpió Fiona, mientras se acercaba a nosotros.
- No sé – tenía el corazón encogido, estaba desconsolada –. Necesito

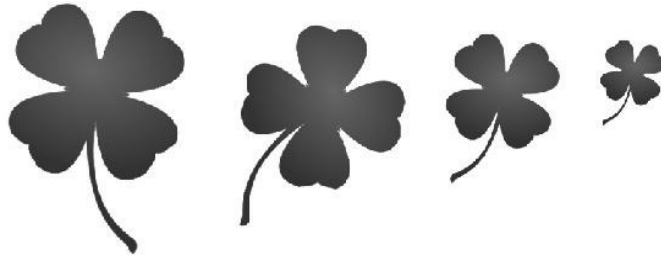
ir a mi casa, me lo pensaré, ¿vale? Informadme de todo, por favor.

- Claro, te mantendremos informada al momento y si no vienes, mañana nos vemos a las nueve y media en la cafetería, antes de subir a verlo. ¿Te parece?
- Claro – los besé y me fui con el corazón en mil pedazos.

Llegué a casa de tal forma que las perritas no paraban de llorar en mi falda, no se movían de mi lado, ahí estuvimos todo el día, por la tarde llamé a Fiona y no había noticias, había llamado y le habían dicho que todo estaba igual.

Esa noche no podía dormir, vi todas las horas del reloj, me quedaba dormida media hora y me desvelaba, no podía dejar de llorar, de pensar, de maldecir todo.

Capítulo 12



A las siete de la mañana ya estaba en el porche con el café y las niñas revoloteándose por el césped.

Sentía un fuerte dolor de cabeza y una presión en el cerebro que parecía que me iba a reventar, estaba deseando verlo, pero a la vez sentía mucho miedo de saber que no me iba a ver, ni escuchar quizás...

A las nueve y media llegué a la cafetería, ya estaban los padres, que me recibieron con un cariñoso beso, se les notaba que no habían dormido, la tristeza era enorme.

Subimos un rato después, cuando entramos a verlo, sentí que me iba a dar algo, me entró mareo, desasosiego, de todo, estaba entubado, con los ojos cerrados, lleno de cable, la maquina del corazón, no podía creerlo, sentí más que nunca que lo perdía, que no había esperanzas.

Sus padres se aguantaban la boca para no emitir el sonido del dolor, lloraban desesperados por ver a su hijo de esa manera tan dolorosa, tan ilógica, tan inesperada, tan macabra.

Fui hacia él, no sé de dónde saqué valor, pero le agarré de la mano y le hablé.

— Connor, no pensaras irte sin mí, ¿verdad? Ni lo pienses, tenemos una

cita pendiente, llevo el anillo puesto y espero que cumplas lo que me prometiste. Además, tu madre ya te hizo las maletas para que te vayas a vivir conmigo – miré a los padres que escuchaban emocionados y le guiñé el ojo –. Chloe y Mary te echan de menos y Juliette, está muy triste. Además, tú puedes con ese virus que hay dentro de ti, demuéstrole quién es Connor y que no cualquiera puede con él.

Me acerqué y le besé en los labios, algo me decía que lo sentiría, que lo hiciera.

No hubo reacción, no era como en el cuento, pero algo dentro de mí pensaba que lo había sentido.

Salimos un rato después, me despedí de los padres, me mantendrían informados y quedamos en volvernos a ver a la misma hora, al día siguiente en la cafetería.

Por la tarde estuve en el trabajo ida, agobiada, mirando el reloj, mirando el móvil, con un nerviosismo que me estaba creando una ansiedad inaguantable.

Los siguientes días fueron igual, nos veíamos por la mañana en la cafetería, luego entrábamos a ver a Connor, yo siempre le hablaba y sus padres ya comenzaron a hacerlo.

El sábado por la mañana sonó mi móvil a las siete de la mañana, era Fiona, me asusté mucho, me dijo que le habían llamado y que el medico quería verlos a las nueve, antes de la visita, así que quedé con ellos a las ocho y media en la

cafetería, yo también necesitaba escuchar lo que fuera que tuviera que decirnos.

El nerviosismo se palpaba, los padres estaban muy nerviosos, no habían dado ni una sola pista en la llamada y eso nos ponía a todos más enloquecidos imaginando de todo.

Por fin llego la hora y pasamos a la consulta del doctor.

Nos saludó con una sonrisa que me dejó más relajada.

- Buenos días, ya por fin hemos dado con lo que tiene vuestro hijo, es un virus que afecta a los organismos y lo ralentiza, vamos a empezar el tratamiento hoy mismo, confiamos en que esto lo saque del coma, no lo garantiza, pero nos da muchas esperanzas.

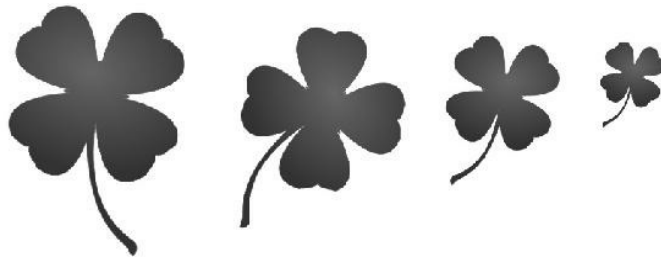
- Eso es una gran noticia – dijo Pol.

- Sí – respondió Fiona entre sollozos.

- Pues ahora os dejo que entréis ya a verlo, en un rato le van a poner el tratamiento.

Entramos, yo más esperanzada, aunque con mucho miedo a que eso no resultase, pero algo de esperanza había, le hablé y besé como siempre...

Capítulo 13



Me levanté muy triste, era uno de los domingos más tristes de los últimos tiempos, la noche anterior Fiona me contó por teléfono cuán esperanzados estaban y que confiaban que iba a pasar algo bueno, que Connor iba a salir de esta.

Yo también lo deseaba, pero no estaba segura, algo me decía que la vida me iba a estar dando los palos más duros hasta que me muriese, mi vida iba todo relacionado con la muerte, cada vez tenía eso más presente.

Tomé el café en el porche, mientras las niñas correteaban, habían dormido junto a mí, me notaban la tristeza, estaban muy besuconas.

Me fui para el hospital, los padres ya estaban en la cafetería, los saludé cariñosamente, estuvimos un rato charlando y subimos a ver a Connor.

Eran las diez y diez, ninguna enfermera salía a darnos la entrada, raro, nunca se demoraban, empezamos a inquietarnos.

Diez y veinte, ya estábamos desesperados, le preguntábamos a las enfermeras que pasaban y no sabían decirnos nada, eran de otra área.

Una hora después salió el médico saludando y acercándose.

- No pude salir antes, Connor hace más de una hora tuvo una reacción, me avisaron corriendo.
- ¿Qué reacción, doctor? – preguntó Fiona.
- La enfermera lo estaba aseando y abrió los ojos, la miró unos segundos y volvió a cerrarlos. Cuando yo fui a los diez minutos volvió a abrirlos, pero el resto de la hora no lo hizo más, estuve esperando, hablándole, tocándole la mano, imagino que irá poco a poco reaccionando, todo depende del tratamiento y de que no haya sufrido muchos daños, pero es esperanzador esa reacción.
- ¿Podemos entrar a verlo? – preguntó Pol.
- Claro, ya os mantendré informados – dijo despidiéndose.

Entramos, la enfermera nos recibió con una sonrisa, entendimos que era por lo sucedido, dándonos ánimos.

Agarré la mano de Connor.

- Buenos días, príncipe durmiente, me ha dicho un pajarito que miraste a la enfermera – guiñé un ojo a ella que sonreía –, espero no tener que ponerme celosa, así que vete pensando en abrírmelos a mí también.
- Hazle caso, hijo – irrumpió Fiona acariciando su hombro –, que no hay nada peor que una novia enfadada – bromeó haciéndome una mueca con la cara.

Sonrió, unos lagrimones comenzaron a recorrer nuestras mejillas.

- Hijo... ¿Puedes escucharnos? – preguntó el padre ante el nerviosismo que se estaba ocasionando, la enfermera llamó de nuevo al doctor.
- Connor, no seas maleducado contesta a tu padre con alguna señal – protestó de bromas Fiona.
- Ah no, primero me tiene que mirar a mí como a la enfermera – los miré sacando la lengua –. Más vale que me mire o vendo este precioso anillo que me regalaron hace poco.
- No, mujer, si él te va a mirar, es que está cansado y tiene mucho sueño – respondió Fiona.

Llegó el medico sonriendo.

- Así que este chico va mirando a mis enfermeras y sonriendo a la novia... chico listo. Normal que no quiera hacernos caso con lo bien rodeado que está, prefiere ser el centro de atención, ¿verdad, Connor? – el doctor era muy simpático y tenía un buen humor.
- Nada, está en plan domingo total – dijo Pol.

Estuvimos un rato y ya tuvimos que salir, no dejaban estar más de media hora, así que vuelta a lo mismo, dejarlo allí,irme con el corazón partido y esperar a

volverlo a ver al día siguiente.

Lunes, martes y miércoles fueron de lo más lento, triste y sin esperanzas que había vivido, tras las reacciones del domingo, Connor, no volvió a dar una señal de esperanza.

El jueves estaba agotada psicológicamente, fui al hospital y me desmoroné al ver a Connor, ya no podía más, el dolor era incontrolable, estaba mucho más delgada, apenas comía y era incapaz de levantar cabeza.

Fui a trabajar con los ojos hinchados de tanto sollozo, mi compañera me lo notó, realmente me lo notaba cualquiera que me mirara.

Estaba cerrando el supermercado, cuando el teléfono sonó.

— Hola, Fiona – dije tristemente.

— ¡¡¡Connor está despierto!!!

— ¿Qué dices, Fiona?

— ¡Sí! Me llamaron de la clínica, llevaba una hora despierto, le quitaron el respirador, sonrío, no habló, mira a todo fijo, está aun un poco perdido, pero está y si sigue así mañana lo pasan a una habitación donde ya podremos estar con él.

Yo no dejaba de llorar.

— Gracias a Dios, por favor si te informan de algo más, llámame a la hora que sea.

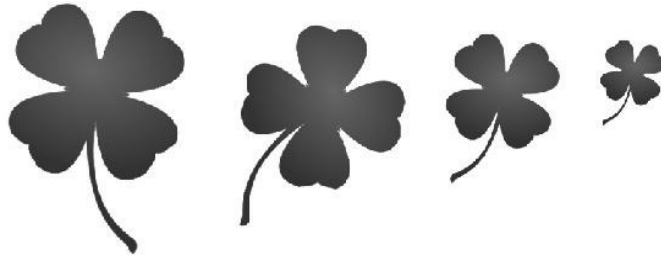
— Claro, cariño. Descansa, come, relájate, todo irá bien.

— Prometido. Descansad y un beso para todos.

Conduje a casa llorando de la alegría, estaba deseando verlo, hablarle, que me mirase y decirle que va a salir de esta.

Las perras movieron el rabo al verme por fin sonreír, durmieron de nuevo junto a mí.

Capítulo 14



Por la mañana me levanté y tomé el café, emocionada, rezando porque siguiera despierto, porque la vida me devolviera a Connor, lo único que me hacía feliz, la única persona que era capaz de apalear esa soledad que llevaba sufriendo todos estos meses.

Me senté con los padres, estaban muy contentos, en esos momentos entró el doctor en la cafetería y al vernos se acercó sonriendo.

Ya tenéis al chaval en la habitación en la veintisiete, de todas formas, ir al mostrador de enfermeras que ellas os guíaran.

— Gracias, doctor – dijimos todos a la vez.

— Poco a poco – dijo retirándose para desayunar con sus compañeros.

La cara de todos se nos iluminó, estábamos esperanzados, con los ánimos mas altos, así que fuimos directamente a ver a la enfermera para que nos indicara.

Lo bueno era que ya no había horarios y podíamos estar con él el tiempo que quisiéramos, así que eso ya era un alivio.

Entramos a la habitación y Connor nos miró sonriendo. Lo abrazamos de uno

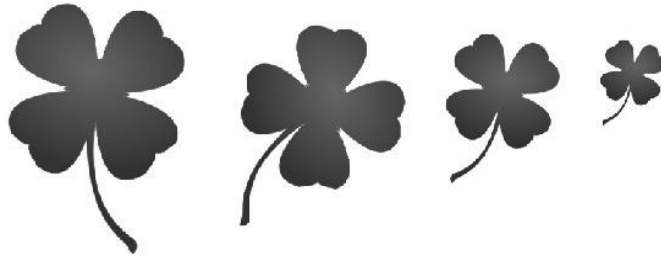
en uno, llorando de alegría, el no hablaba, solo nos miraba y sonreía.

Estuvimos toda la mañana con él, nos escuchaba y sonreía, solo eso, pero para nosotros suficiente, hablamos de hacer turnos, yo quería colaborar, yo quería estar con él, así que propuse quedarme todo el día, ya que era viernes y no trabajaba hasta el lunes, el sábado hacer lo mismo y el domingo también, por la noche se turnarían los padres y el lunes yo me quedaría por la noche, durante la semana me quedaría con el ya que por las tardes trabajaba.

Sus padres fueron a descansar, yo me quedé allí con él, había bajado a comprar un libro, así que me tiré todo el día leyéndolo, era una historia de suspense, ambientada en escocia y de un autor muy conocido.

Por la noche llegó Fiona con el padre, ella se quedaría por la noche, me despedí de ellos hasta por la mañana que yo volvería, a Connor le di un gran abrazo, él no respondía a eso, pero la sonrisa se le dibujaba sobre su rostro y para mí eso ya era mucho.

Capítulo 15



Me despedí de Chloe y Mary, les dejé toda la casa para ellas, rezando de que no me la liaran, el día anterior se habían portado bien, obvio que hicieron sus necesidades, pero en un rincón de un pequeño patio de la cocina.

Me fui hacia el hospital y subí a la habitación directamente, estaban sus padres junto a Juliette, que me recibió con un fuerte abrazo.

- ¿Qué tal el muchacho? – pregunté acercándome a besarle la mano.
- Pues muy risueño, pero sigue mudo, cuando revienta nos dirá de todo de golpe – respondió Fiona mirándolo, Connor sonreía escuchándola. - Nos vamos, te dejamos en buenas manos – guiñó a su hijo el ojo.

Se fueron, me senté junto a él, a un lado de su cama, mirándolo sonriendo, con ganas de comerlo a besos.

- Tú no te me abras quedado mudo, ¿no? Que a mí me da igual, te daré tanto la brasa que al final reventarás – dije sacándole la lengua mientras acariciaba su mano.

Comenzó a jugar con mi anillo, me quedé casi sin respiración, lo toqueteaba acariciando, esa sortija que me había regalado ¿querría decirme algo?

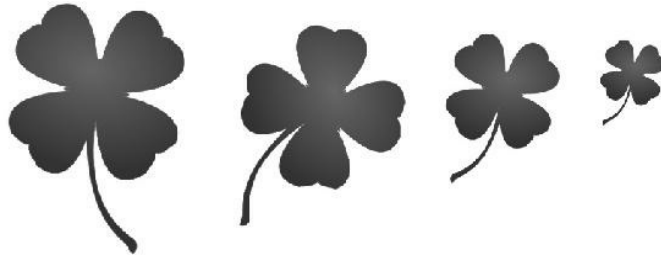
— No estarás pensando en quitármelo, ¿no? – bromeé – Es mío, no te lo pienso devolver.

Su sonrisa mataba a mi alma, se me caía a los suelos, tenía ganas de que me hablara, que me dijera que le pasaba, que me transmitiera que pese a lo que estaba padeciendo, se encontraba bien.

Continué leyendo el libro del día anterior, no me soltaba la mano, ya me había sentado junto a él, pero en el sillón, en un momento dramático de la investigación del crimen, él se puso a llorar, me di cuenta de que entendía todo perfectamente, que comprendía lo que se le hablaba y que se había metido en la novela por completo.

Al día siguiente, al ser domingo, también lo pasé con él, terminé de leer el libro y me despedí hasta el día siguiente por la noche, ya comenzaba a trabajar así que pasaría las noches con él.

Capítulo 16



Lunes, semana nueva, con ganas de ver luz al final del túnel, de poder estar en la calle con Connor, o en mi casa, refugiado los fines de semana.

Llegué al trabajo con todo en el coche para cuando saliera ir directa al hospital.

Justo antes de salir del supermercado recibí una llamada de Fiona.

- Hola. ¿Pasó algo?

- Hola, nada, tranquila, era para decirte que Connor ya está hablando – se escuchó su felicidad en la frase.

- Wow, eso es estupendo – dije comenzando a llorar de la emoción.

- No es que diga frases, pero ya va diciendo, poco a poco, palabras, se lo han llevado a hacerle un prueba urgente sin importancia, pero que por el avance querían realizarla, así que no te asustes cuando llegues, tardarán una hora, ya me despedí de él cuando se lo llevaron, nos vemos por la mañana.

- Claro, mañana nos vemos, gracias por todo.
- Gracias a ti, gracias porque sé que eres importante para él y no le has fallado.
- Jamás lo haría.
- Lo sé. Te quiero, cariño – dijo ante mi asombro.
- Yo también Fiona, os quiero.
- Hasta mañana.
- Hasta mañana, Fiona.

El camino lo hice llorando, de alegría, de sensaciones, de la noticia, de todo un poco, cuando llegué al hospital me tomé un café antes de subir, no era hora, pero sabía que aún no estaba en la habitación y me apetecía tomarlo.

Me encendí un cigarro, fumaba en contadas ocasiones, con este paquete llevaba tres semanas y aun me quedaban un par de cigarrillos.

- Buenas noches – dije al entrar en la habitación, con una sonrisa de oreja a oreja, lo habían acabado de traer, lo vi llegar desde la salita donde me quedé esperando.
- Hola – dijo con un hilo de voz muy débil, sonriendo e intentando apretar un poquito mi mano, mientras la acariciaba.

- ¿Estás bien? – pregunté en flojito, mirándolo fijamente con una leve sonrisa.
- Sí – me chocaba la voz tan débil.
- Ese virus te lo hizo pasar duro – arqueé la ceja.

Sonrió y movió un poco la cabeza afirmando.

Notaba que luchaba contra el sueño, así que dejé una pequeña luz y puse la habitación oscura, dejé mi mano sobre la suya y no tardó ni tres minutos en dormirse, a mí me costó un par de horas, esas que estuve mirando y recordando todo lo vivido en tan poco tiempo.

A las siete de la mañana ya estaba la enfermera tomando la fiebre, Connor se levantó con una preciosa sonrisa, me miró y me habló.

- Buenos días, princesa – dijo ante mi asombro con mejor tono de voz y más rápido.
- ¡Connor! – me abracé a él – Qué bien te veo hoy. ¡Qué alegría! – exclamé no intentando hablar muy fuerte.
- Quiero salir ya de aquí – dijo sonriendo.
- Quieto y parado. ¿Dónde vas tan rápido? Paciencia, tienes que recuperarte y hacer todo lo que te dicen.
- Quiero irme a tu casa – puso el rostro a modo tristeza.

— Tendrás tiempo, ahora toca recuperarte — dije en tono sargento.

Los padres entraron y al escuchar al hijo saltaron de alegría, estuve un rato con ellos y me despedí hasta la noche.

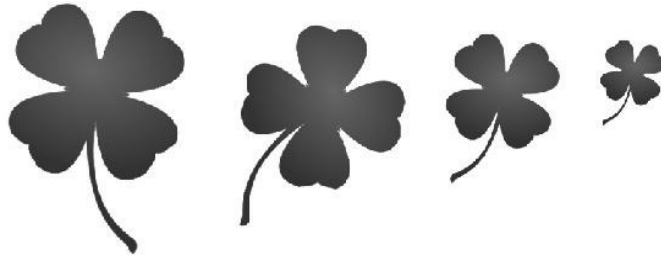
Las perritas me saludaron felizmente, salieron al jardín como locas, me quedé con ellas sentada un rato, las pobres desde el día anterior encerradas, más que con el pequeño patio de la cocina.

El día pasó rápido, por la noche me llamó Fiona diciendo que no fuera al hospital que esa noche la iba a pasar en una sala de observación, para decidir el estado de las constantes y todo por la noche, para ver el avance y el pronóstico inmediato.

Me dio pena, pero lo entendí, para que iba a ir si no podía estar con él, así que quedamos en vernos por la mañana en la cafetería.

Llegué a casa y me senté con las niñas un rato afuera, hasta que entramos a dormir, ese día me sentía cansada y con ganas de que amaneciera para ir a ver a Connor.

Capítulo 17



Las niñas me estaban provocando para que me despertara y las sacara, jugueteaban a mi alrededor, apenas eran las ocho, encendí la cafetera y les abrí la puerta, un rato después salí yo con el café.

- ¡Joder! – chillé del susto - ¿Qué hacéis aquí? – pregunté emocionada, incrédula, Fiona, Connor y Pol, sentados en mi porche.
- Venimos a desayunar – dijo Pol riendo.
- ¿Pero cuándo has salido?
- Ayer, te tuve que mentir, a las ocho de la noche comenzaron a preparar el alta tras las últimas pruebas – hablaba Fiona mientras yo abrazaba a Connor -. Habían salido genial, ni rastro del virus, el tratamiento ya se cortaba y el tema de él, en los reflejos y ligerezas, irán poco a poco, no depende de estar tirado en un hospital, así que decidieron darle el alta e ir a una revisión la semana que viene.
- A este le hago yo hablar, aunque sea a collejas – bromeé.
- Tranquila, tampoco es necesario – respondió Connor, levantando las

manos.

- Bueno, voy a prepararos unas tostadas, la cafetera ya está hecha.
- Espera, te acompaño – se levantó rápidamente Fiona para ayudarme.

Cuando llegué a la cocina, dejé que saliera todo. Me apoyé en la encimera y comencé a llorar.

- Ven aquí – Fiona se acercó a mí y me abrazó, acunándome entre sus brazos hasta que poco a poco pude respirar mejor y me fui calmando.
- Lo siento... -me disculpé, avergonzada, al separarme de ella.
- ¿Sentir qué? – sonrió con comprensión- Es normal todo lo que estás sintiendo.
- Tenía miedo a que... -las palabras se me atascaron en la garganta, no quería ni recordarlo. Connor ya estaba bien y el pasado y el dolor tenían que quedar atrás.
- Todos teníamos miedo, cariño. Pero es un chico fuerte, no va a dejar que un simple virus acabe con un hombre irlandés -bromeó.
- ¿De verdad está curado?
- Le harán revisiones, pero está todo bajo control. Créeme, puedes estar tranquila.
- Gracias a Dios...

- Lisa...
- ¿Sí? – pregunté intrigada.
- Quería pedirte un favor.
- Claro, Fiona, si está en mi mano... ¿Qué necesitas?
- Verás, Connor no va a querer quedarse en otro lado que no sea aquí, contigo. Y yo sé que está bien, pero... ¿Te importaría llamarme cada hora, si es necesario, para poder dormir tranquila?

Tenía que ser duro para una madre ver peligrar la vida de su hijo, lo entendía. Y por supuesto que no me costaba nada hacer eso.

- Claro que sí – sonreí-. ¿Por qué no duerme en casa?

La pregunta sobraba, yo también quería que durmiera conmigo. Pero entendería que su madre le pidiera que lo hiciera en su hogar.

- Un chico irlandés. A cabezota no lo gana nadie -rio.
- Eso sí -reí con ella.
- Lisa... Gracias.
- ¿Por qué?
- Por quererlo. Porque sé que lo harás feliz. Y por formar ya parte de nuestra familia.

Las lágrimas comenzaron a caer de nuevo por mis mejillas.

— Yo...

— Sé lo de tus padres, imagino lo sola que te habrás sentido y no es la primera vez que te lo digo, lo reitero, considéranos como tu familia porque para nosotros tú ya eres parte de ella.

Esa vez volvimos a abrazarnos y lloramos las dos. Preparamos el desayuno y nos sentamos fuera con Connor y Pol. Connor agarró mi mano y no la soltó en ningún momento. Después de la conversación que había tenido con Fiona y de la escena que estaba viviendo, entendí que eso era así, ya no podía sentirme sola porque sabía que ellos eran sinceros con sus palabras y, además, me lo habían demostrado con hechos.

Yo ya era parte de esa familia y no tendría vida para agradecerles que eso fuera así.

Los invité a almorzar, pero Fiona me guiñó un ojo diciendo que Connor tenía que descansar y que ahora que estaba sano y salvo y a mi cuidado, aprovecharía para comprar, que en casa ni leche tenían.

Sabía que querían dejarnos solos, necesitábamos también nuestro momento juntos.

Nos despedimos de ellos con un abrazo y le dije a Fiona que no se preocupara, mantendría mi promesa y le iría contando todo sobre Connor.

Quedando la mañana siguiente a desayunar juntos, se despidieron y se fueron y, por fin, nos quedamos solos.

— Dios, Connor -me acerqué a él y lo abracé. No pude evitarlo y lloré

de nuevo, las emociones me sobrepasaban.

- ¿Me echaste de menos?
- No sabes cuánto. No vuelvas a hacerme algo así, pasé mucho miedo... -lo miré a la cara, limpió mis lágrimas y sonrió.
- Bueno, un poco de adversidad en la vida no es malo -intentó bromear, pero al ver, por la expresión de mi cara, que no me gustó eso en absoluto, cambió el tema-. Lo siento, Lisa, solo intentaba...
- Sé lo que intentabas, pero me duele hablar de la muerte.

Sabía que entendía qué le estaba diciendo.

- Tuve miedo de perderte también a ti, Connor...
- No, no me perderás. Estoy aquí y no tengo intención de perderme mi boda -rio, bromeando de nuevo.
- Y no te la vas a perder, porque voy y te llevo aún sin conciencia -lo amenacé para seguirle el juego y ponerle, como bien hacía él, un poco de humor a la situación porque ya bastante mal lo habíamos pasado.
- Hay algo que me preocupa.
- ¿Qué?

- ¿Quién te va a traer ahora los paquetes? -suspiró.
- Pues más vale que te recuperes pronto y seas tú quien lo haga -me burlé.

Me dio un dulce beso en los labios y sentí el alivio por tenerlo ahí de nuevo.

A las tres tenía que estar en el supermercado, se me ocurrió llamar a Fiona para que se quedara con él, pero no había manera de convencerlo y yo tampoco quería que se pusiera nervioso.

Quería descansar y decía que podía estar solo, no me gustaba la idea, pero tuve que acceder. Eso sí, le hice prometerme que me mandaría mensajes cada media hora, si no dormía, para decirme que todo estaba bien y poder trabajar sin que me diera algo por los nervios.

Cumplió su promesa y, aunque el día se me hizo más largo de lo normal, pude sobrellevarlo teniendo en cuenta la preocupación que sentía porque él estuviera solo.

Cada vez que me mandaba un mensaje, yo se lo mandaba a Fiona y así estuvimos mucho más relajadas las dos. Claro que a ella no le había dicho que estaba solo porque Connor no quería para que no fuera a ayudarlo.

Entendía que quisiera paz, tranquilidad y descansar y supongo que por eso terminé aceptando.

Cuando llegué por la noche, suspiré de alivio al verlo tumbado en el sofá.

- Connor...

- Hola, preciosa -sonrió al abrir los ojos y verme-. Me quedé dormido.
- ¿Cómo estás?
- Mejor -se incorporó un poco, casi para permanecer sentado-. Quería preparar algo de cena, pero al parecer mi cansancio pudo más -se disculpó.
- Te habría matado si llego a ver la cena lista -le advertí-. Tienes que cuidarte, de lo demás me encargo yo.
- No me gusta sentirme inútil, Lisa.
- Pues no te lo sientas, no lo eres. Mira que es simple -me encogí de hombros, me acerqué a él y le di un beso-. Haré unos sándwiches para los dos, ¿te apetece?
- Lo más rápido para que te sientes ya aquí conmigo.

Le saqué la lengua, tomé una ducha rápida y preparé unos sándwiches para cenar. Los dos estábamos cansados, la tensión de los últimos días había hecho mella en nosotros.

- Estás cansada -me dijo mientras acariciaba mi cabeza, que descansaba en su hombro.
- Sí, supongo que más emocionalmente que otra cosa.
- ¿Nos vamos a la cama entonces?

— Y tú tienes que estar harto de cama -reí.

— Pues la verdad es que sí, pero deseando dormir contigo.

Ese comentario cortó mi risa, pero seguí sonriendo tontamente, como una quinceañera.

— Entonces vayámonos a dormir -susurré.

Cogidos de la mano, caminamos hacia mi dormitorio. Donde tenía intención de abrazarlo y no soltarlo más.

Nos tumbamos y nos quedamos mirándonos el uno al otro hasta perder la noción del tiempo.

— No puedo creerme que estés aquí...

No había podido dejar de mirarlo en toda la noche. Me parecía un sueño después de todo lo que habíamos pasado. Había temido tanto perderlo, que me dolía el pecho con el solo hecho de recordarlo.

— Y yo no quiero estar en ningún lado que no sea aquí -lo dijo con una sonrisa en la voz, pero podía notar cómo los recuerdos lo inundaban-. Cambia esa cara, Lisa, estoy aquí de nuevo.

Levanté una mano y acaricié su cara con mis nudillos, los ojos se me anegaron en lágrimas.

— Lisa... -suspiró, limpiando alguna que salió de mis ojos.

— No, es de alegría -sonreí entre lágrimas-. Te he echado de menos.

— Pero no pensemos en eso ahora -estábamos los dos tumbados, frente

a frente. Cerca, pero no rozándonos. Duró poco, con su mano en mi cadera, me instó a pegarme a él y yo, anhelando su cercanía, lo hice-. Estamos juntos. Y me muero por besarte.

— Hazlo -susurré.

Esa sonrisa torcida que se formó en su cara hizo que mi corazón saltara dentro de mi pecho. Sus labios me rozaron con delicadeza, con suavidad, tanteando mis reacciones, respirando cada más rápido, como yo, cuando la excitación se hacía dueña de nuestros cuerpos.

Ni siquiera pensamos, casi ni hablamos. Nos besábamos y nos mirábamos a los ojos. Nuestras manos acariciando el cuerpo del otro, quitándole lentamente la ropa, con delicadeza, hasta que estuvimos piel con piel.

Temblé por el contacto y él me abrazó con más fuerza.

— Connor... -iba a llorar, las emociones se me estaban desbordando.

— No -cogió mi cara entre sus manos y me miró fijamente-. El pasado quedó atrás, ahora solo tenemos que sentir.

Besándome con más pasión, la dulzura ya no estaba presente y mi cuerpo se deshizo en contacto con el suyo. Me entregué a él por completo, dándole mucho más que mi cuerpo, en ese momento se estaba apoderando de mi alma.

Me besó cada rincón, saboreando mi piel. Quise hacer lo mismo con él, pero ya era tarde. Quería tener el control y yo no quise quitárselo. Solo tenía que dejarme hacer. Y permitir que me amara.

Encima de mí, empezó a entrar con delicadeza. Como si tuviera miedo de ir deprisa. Fue un momento mágico en el que éramos solo uno.

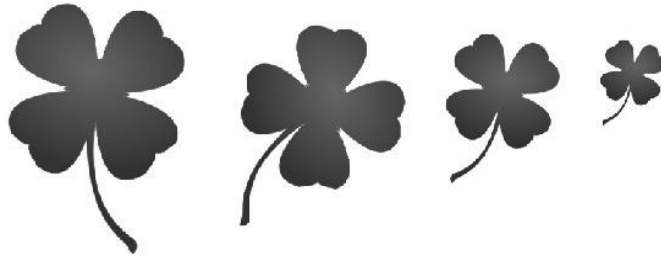
No fue solo sexo, fue mucho más que eso.

No salió de mí al terminar, se quedó encima mientras temblábamos por el orgasmo. Levanté mis manos y lo abracé, metió su cara en mi cuello hasta que nuestras respiraciones se relajaron.

- ¿Estás bien? -levantó la cabeza y me miró a los ojos.
- Sí -dije emocionada, porque no tenía palabras para expresarle todo lo que estaba sintiendo-. No quiero que esto se acabe nunca.
- Entonces no se acabará -afirmó antes de besarme y de volver a hacerme suya.

Esa noche, abrazada a él, me permití creerlo de verdad.

Capítulo 18



Me desperté a la mañana siguiente y Connor no estaba en la cama. Miré la hora y abrí los ojos de par en par, no solía despertarme tan tarde. Fui al baño y me aseé un poco, recogiendo mi pelo en una cola alta.

Me acerqué afuera y escuchaba las voces de Connor y de sus padres. Qué vergüenza... Y yo aún dormida.

- Buenos días -dije avergonzada al verlos.
- Buenos días -dijeron todos a la vez.
- Cariño, ¿más descansada? -preguntó Connor cuando me acerqué a él a darle un beso.
- Sí, no tenías que haberme dejado dormir tanto...
- Lo necesitabas -se encogió de hombros.
- ¿Y tú cómo estás? -le pregunté.
- Mejor -sonrió-. Siéntate y desayuna.

- No habrás hecho tú esto, ¿verdad? -no estaba en condiciones aún de ponerse a preparar ni un café.
- No, fui yo -rio Fiona-. Lo siento, Emma, pero la confianza...
- Ah no, tranquila, si estás en tu casa. Lo que no quiero es que él se ponga a hacer nada.
- Pues ya está pensando en volver al trabajo -rio Pol.

Miré a Connor, no podía meterme así en su vida, pero a veces era muy cabezón.

- Cuando el médico lo crea oportuno -se defendió, provocando las risas de los padres.
- ¿Un café? -me preguntó Fiona.
- Por favor -me senté junto a ellos y desayuné.

Me encantaba el ambiente que se vivía con ellos cerca y cada vez me sentía mejor y más feliz formando parte de esa familia. Y eso no tenía precio.

- ¿Entonces cuándo es la boda?

Me quedé con la taza de café a medio camino.

- A ver, Connor, aún no estás...
- Ah, no cariño, las cosas no tienen por qué pararse por eso... ¿O es que hay algún problema?

- No... le aseguré- Pero pensé que lo haríamos con calma y después de lo que te pasó... Creo que hay que ir preparando las cosas tranquilamente.
- Ese es el problema -dijo él.
- ¿Cuál es el problema? -preguntamos todos a la vez, mirando a Connor.
- Que después de lo que me pasó, no quiero esperar.
- Connor, hijo, no seas catastrófico -suspiró Fiona.
- No es eso. Pero me he dado cuenta de que la vida es demasiado corta y en cualquier momento puede pasarnos algo y... -cogió mis manos y me miró emocionado a los ojos- No quiero pasar más tiempo separado de ti.
- Pero si no estamos separados -dije acariciando su rostro.
- Ya me entiendes, Lisa. Pon fecha para la boda, hay mucho que organizar -sonrió.

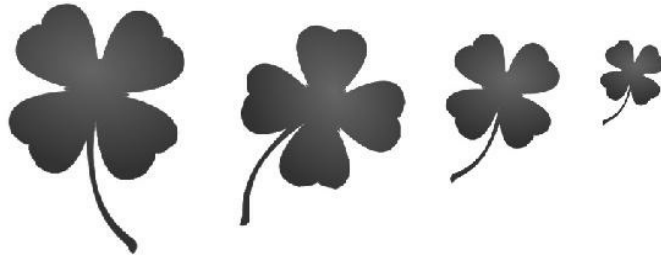
Y yo también sonreí y afirmé con la cabeza. Tenía razón en lo que decía. La vida era muy corta, eso lo sabía yo estando sola en el mundo, así que ¿para qué esperar más?

- ¡Pero esto merece una celebración! -exclamó Fiona -El sábado en mi casa, cenamos todos y lo celebramos, ¿os parece?

Todos, ilusionados, dijimos que sí. Quedaba nada para que llegara ese día y aunque fuera algo simbólico, lo viviría como un momento especial.

No veía la hora de que ese momento llegara.

Capítulo 19



Por fin había llegado el día que tanto ansiaba, si estaba así de nerviosa por una cena de compromiso, no sabía cómo iba a estar el día que dijera el “Sí quiero”.

Connor y yo habíamos hablado, dependiendo de lo que dijera el doctor la siguiente semana cuando lo viera, entonces decidiríamos la fecha del enlace. Me había acercado a la ciudad a comprarme un vestido para la ocasión y Connor se quedó con la boca abierta cuando me vio con el vestido negro ajustado que había elegido, con mi espalda al descubierto. Era demasiado sexy para mí, no solía vestir así, pero la ocasión la merecía y ya era hora de que también usara ropa más sensual.

Llegamos a casa de sus padres un poco antes de la boda, tras abrazarlos a todos, les di las dos botellas de vino que había comprado para la cena y me quedé boquiabierta al ver que incluso habían decorado la casa y el jardín.

— Fiona, no tenías que...

— No todos los días se nos casan dos hijos -me guiñó el ojo.

Esa frase me emocionó e hizo que se me saltaran las lágrimas. La abracé para demostrarle mi afecto y lo feliz que estaba por tenerla a ella en mi vida.

- Vamos, vamos, dejad esas cosas que hay que celebrar, no es noche para llorar -rio Pol al vernos.

- ¿Quieres unirte al abrazo, Pol? -bromeó Fiona.

- ¿Para acabar llorando? Ya lloras tú por los dos -siguió riendo y yo acabé riendo también.

Nos sentamos todos a la mesa y Juliette pidió hablar antes de comenzar a cenar. Todos la miramos, expectantes, esperando escuchar lo que tenía que decir.

- Lisa, no te conozco mucho, pero me gusta lo que conozco de ti. Quiero decirte gracias por querer a mi hermano. Sé cuánto te quiere él y sé que seréis muy felices. ¿Puedo llamarte hermana desde hoy?

En ese momento, yo volví a llorar a mares. Juliette era una niña muy dulce y no pude decir nada, simplemente afirmar rápidamente con la cabeza mientras me sacaba las lágrimas. Pero conseguí levantarme y darle un abrazo y un beso y la hice llorar cuando un “hermana” salió de mis labios.

- Por los dioses, tenía que haber traído pañuelos -Pol puso los ojos en blanco y nos hizo reír-. ¿Comemos ya?

- ¿Te estás haciendo el duro, marido?

- Pues la verdad es que sí -le contestó a Fiona y reímos más fuertemente.

- Pues espera, ahora quiero hablar yo -dijo su mujer. Se levantó y con la copa de vino en las manos, comenzó a hablar-. Siempre le dije a mi hijo que se casara cuando realmente supiera que esa sería la mujer que amaría por el resto de su vida. Cuando te vi, Lisa, cuando vi cómo os mirabais, supe que me había hecho caso.

Y nada puede hacerme más feliz que eso.

Estoy feliz de haberte conocido y como ya sabes, eres parte de esta familia. No quiero que lo dudes nunca y por favor, cuidado eso tan bonito que tenéis porque no todos tenemos la suerte de encontrar al amor de nuestra vida -dijo mirando a su marido.

- Te quiero -susurró él mirándola. Se levantó él en ese momento con su copa de vino-. Lisa, yo no soy tan emocional como ellos, no sé expresarme tan bien en el tema de las emociones. Pero pienso como Fiona. Eres parte de esta familia y os deseamos a los dos la mayor felicidad del mundo.

Porque para aguantarnos tendrás que tener paciencia -rio.

- Ni que lo digas -dijo Fiona y reímos todos.

Tomaron asiento y fue Connor quien se levantó.

- Oh, por Dios -suspiré, como llorara más... - Mi amor... No hay nada que pueda decirte que no te haya dicho. Desde el día en que te vi te quedaste grabada en mí y al conocerte comprobé que no fue por casualidad. Creo que el destino quería que no uniéramos y tenía que

juntarnos como fuera. Gracias por permitirme ser parte de tu vida y prometo, delante de todos, que te haré la mujer más feliz del mundo. Porque te quiero más que a mi vida.

Me mordí el labio y lloré sin control. Me levanté y lo besé, riendo entre lágrimas y les reñí a todos por la vergüenza que me estaban haciendo pasar.

— Supongo que es mi turno -dije cuando por fin pude hablar-. A ver... Yo no sé ni por dónde empezar. Juliette, no sabes lo feliz que me hace que podamos tratarnos como hermanas, nunca tuve y sé que nadie mejor que tú para representar ese papel en mi vida. Tampoco te conozco mucho, pero el cariño existe y te aseguro que me tendrás como tal para siempre.

Fiona y Pol... Crecí sin madre y mi padre me dejó hace un tiempo ya. Me quedé sola en la vida -tragué saliva-. No sabéis lo que significa para mí poder contar con vosotros. Desde el primer momento me habéis aceptado en la familia como si fuera un miembro más y eso no podré pagároslo nunca con nada. Solo puedo daros las gracias por sentir, por primera vez desde hace tiempo, que no estoy sola.

— Nunca más estarás sola -dijo Fiona llorando y Pol lo confirmó con su sonrisa.

— Y Connor -proseguí, tomando aire-. Te quiero, no puedo decirte nada más. Llegaste hace muy poco y de casualidad, pero eso no quita la intensidad con la que ambos sentimos el uno por el otro. Lo que te pasó... No quiero ni recordarlo, no podía imaginar que pudiera perderte. Y no quiero pensar en ello más. Gracias por estar en mi

vida y yo también te prometo hacerte feliz, porque te querré cada día más.

Porque lo mereces y porque ambos merecemos ser felices.

Connor me besó delante de todos, las lágrimas mojando nuestros rostros hasta que terminamos riendo. Y, por fin, comenzó la cena de compromiso que no iba a olvidar nunca.

Llegamos a casa bien entrada la noche. La cena había sido todo un éxito y había vivido momentos y sentido cosas que siempre llevaría en mi mente y en mi corazón.

Cuando me tumbé en la cama con Connor, le sonreí con dulzura.

- ¿Feliz? -me preguntó.
- Sí, no sabes cuánto...
- No sé cómo pasó todo, Lisa, sé que vamos rápido, pero lo que siento por ti...
- No tienes que explicarme, me pasa lo mismo. Tampoco entiendo por qué, pero quizás es eso de que el destino existe. Estábamos predestinados o quizás el hilo rojo...
- ¿Crees en eso?
- Sí, ¿por qué no? ¿Conoces la leyenda?
- Bueno, sé que se supone es algo que conecta a dos personas, no

mucho más.

- El hilo rojo es invisible y sí, sirve para conectar a dos seres... Yo diría más bien a dos almas que están destinadas a encontrarse. No importa nada, ni cuándo, ni cómo ni dónde están. Si esas dos almas tienen que permanecer juntas, por mucho que el hilo se enrede, no hará que eso no ocurra. Sus almas están predestinadas y el final, pase lo que pase, será el de unir las.
- ¿Y si se rompe?
- ¿Crees que algo así se puede romper?
- No -dijo fieramente-. ¿Crees que eso nos ocurre a nosotros?
- No lo sé. Eso, el destino... Cada uno puede llamarlo como quiera. Pero yo no creo en las casualidades en la vida. Creo más bien en que todo ocurre por algo.
- Sea como sea, no te dejaré escapar -tiró de mí y me colocó encima de él.
- Connor... -pensé en su salud.
- Estoy bien, amor, no te preocupes. Además, estoy impaciente porque el doctor me vea y podamos elegir ya la fecha de la boda.
- ¿Tantas ganas tienes de unirte a mí de por vida? -reí.
- No te haces una idea...

Me lo dijo tan serio y tan intensamente que la sonrisa se me borró, dando paso a una gran ternura por ese hombre.

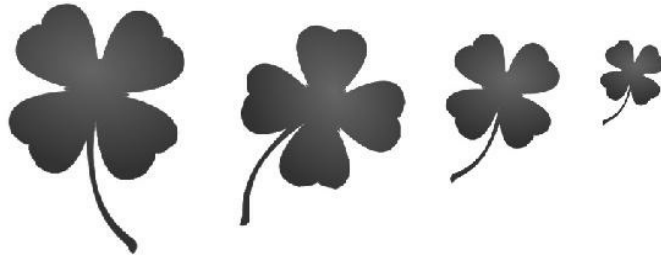
La vida nos ponía en bandeja la oportunidad de ser felices y no la íbamos a desaprovechar, porque nuestra felicidad era el otro. Teníamos que luchar por ello, permanecer juntos y vivir cada día con la mejor de nuestras sonrisas, dándole al otro lo mejor, haciéndolo feliz y haciéndonos felices a nosotros mismos.

Pronto nos convertiríamos en marido y mujer. Y yo sabía que eso solo era el inicio de toda la felicidad que estaba por venir. Tendría, de nuevo, una familia a la que amar. Después de todo, tenía al alcance de mi mano la felicidad.

— Te quiero, Connor.

— Y yo a ti-dijo antes de besarme y de hacerme el amor.

Capítulo 20



Los días pasaron a pasos agigantados. El anterior de asistir a la cita médica, al llegar al trabajo me pasó algo inesperado, en la puerta estaba mi ex, no sabía qué hacía ahí parado, me dispuse a entrar sin mirarlo.

- Lisa, hola – dijo en tono amable.
- Hola – hice el amago de continuar.
- Espera – me agarró del bolso.
- ¿Querías algo?
- ¿Te gustaron las orquídeas?

Mi cara fue de...

- ¿Estás loco? ¿A qué vino eso?
- Lisa...
- ¿Tu mujer lo sabe? – pregunté indignada.
- Ya no lo es...

- ¿Y?
- Me gustaría volver a tener, al menos, una amistad contigo...
- ¿Ahora? ¿Qué pretendes, que sea tu postre?
- Lisa...

- Déjalo, de todas formas, me caso en breve – dije con una sonrisa de oreja a oreja –, No creo que a mi prometido le haga mucha gracia esto. Te deseo lo mejor. Gracias por las flores – entré para adentro.

Por la noche, al llegar a casa y cenar con Connor, le conté lo sucedido, yo estaba en shock aun, me parecía muy fuerte que a estas alturas viniera a buscarme, ni aun existiendo Connor, lo hubiera permitido.

A Connor no le sentó muy bien, decía que como lo viera le iba a decir dos o tres palabras, ¡ni que lo conociera!, pero él se sentía mejor así expresando que para él su novia, era intocable.

Estábamos esperando en la puerta de la consulta. Connor había mejorado mucho esos últimos días, casi podría decirse que estaba completamente recuperado. Yo estaba nerviosa por lo que dijera el doctor, él lo estaba por elegir de una vez por todas la fecha de la boda.

Fiona venía con nosotros así que, al verme mover la pierna, entendió cuál era mi estado de ánimos y me dio conversación para que me calmara.

Cuando la enfermera nombró a Connor, nos levantamos y la seguimos hasta entrar en la consulta. El doctor nos sonrió al vernos y nos ofreció asiento.

- Buenos días – nos saludó a los tres-. Connor, te veo mucho mejor.

- Es que estoy bien ya -sonrió mi amor.
- Bueno, eso lo decidiré yo -rio-. Quítate la ropa y tumbate en la camilla -le señaló a nuestra derecha, detrás de una cortina-. Vamos a hacer una buena exploración física.

Duró un poco más de lo que pensaba, o eso me pareció a mí. Cuando salieron, lo hicieron los dos sonriendo.

- Bien. Pues creo que es momento de darle el alta a ese chico -el doctor se sentó y nos miró-. Los resultados de las últimas pruebas salieron bien y su respuesta al tratamiento también. Está aún un poco débil pero no es preocupante, demasiados días enfermo. Te recomiendo que comiences a caminar y a hacer ejercicio a diario, sin esforzarte mucho, hasta que vuelvas a coger el ritmo normal en tu vida. Y nada más, me alegra decir que no tengo que verte más.
- Gracias, doctor -dijimos todos.
- De nada. Venga, marchaos que estar aquí enferma a cualquiera -bromeó.

Eso hicimos, salimos contentos de allí y nos paramos a desayunar en un precioso bar que había no muy lejos.

- ¿Entonces cuándo? -Connor iba directo al grano, como imaginaba.
- No sé, Connor, todo depende de cómo la quieras. ¿Muchos invitados? ¿En qué época? -me di un gran mordisco a mi sándwich y

me quedé mirándolo mientras contestaba.

- Seremos solo algunos amigos íntimos, familia y poco más, ¿no te parece?
- Sí, ya sabes que yo...
- Compartís familia y amigos -sonrió Fiona y le devolví el gesto.
- Pues entonces el fin de semana.
- ¿Qué fin de semana? -no podía hablar en serio.
- Pues este, el sábado. Ya tengo todo hablado con el sacerdote, nos hará el favor de tenerlo listo.
- ¿Y cuándo has hablado con él? -pregunté.
- Hace días -se encogió de hombros-. Tenía que dejarlo listo para cuando el doctor me diera el alta.

Su madre reía y yo quería... A veces me sacaba de mis casillas.

- Pero amor -intenté explicarle-. Pensé que querías algo más... No sé, elaborado.
- ¿Yo? No, lo único que quiero es que nos convirtamos en marido y mujer y disfrutar ese día con la gente que quiero. Ni grandes ceremonias ni nada. Pero si es lo que tú quieres...
- Ah no -reí-. Yo sí que no quiero eso, en eso pensamos igual.

- Pues entonces, ¿por qué no el sábado?
- Eso digo yo -rio Fiona-. ¿Por qué no el sábado? -sabía que tenía perdida cualquier tipo de batalla con su hijo y ni siquiera iba a ofrecer que se atrasara un poco la fecha.
- Pues el sábado -sonreí finalmente.

Connor se levantó gritando un ¡Sí! Y después me besó.

- ¿Y dónde lo celebraremos? -pregunté.
- En nuestra casa, Lisa. ¿Qué mejor lugar que ese?
- ¡Muy buena idea! Lisa, imagina cómo de bonito tiene que quedar con tanto espacio al aire libre.
- En la que me he metido -reí.

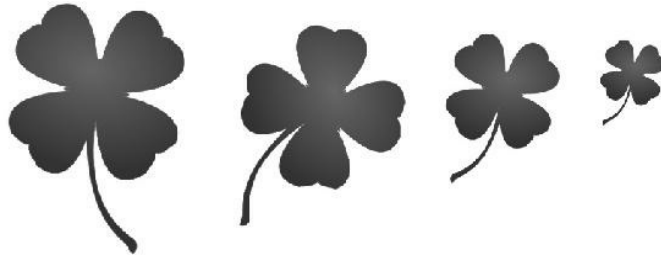
Pero la verdad era que me hacía mucha ilusión que eso fuera así. Una boda no era más que algo simbólico, prometer a los hombres que permaneceríamos unidos en las buenas y en las malas, un mero trámite burocrático, aunque suene feo decirlo así.

Pero nosotros no necesitábamos eso. Aunque nuestra historia venía siendo corta, ambos sabíamos que entre nosotros había algo especial. Como Connor y yo habíamos hablado antes, una especie de hilo que nos conectaba y algo que nos hacía saber que estábamos destinados a estar juntos. La verdad es que era una conexión extraña y la gente podía entendernos o no debido al poco tiempo que llevábamos de relación, pero los que teníamos realmente cerca, como su

familia, podían entender de qué hablábamos ya que podía sentirse en el ambiente siempre que estábamos juntos.

Y ahí estábamos, a pocas semanas de conocernos, poniendo fecha a la boda. Preparando la ceremonia que nos uniría a ambos como marido y mujer.

Capítulo 21



Esa noche apenas había conseguido pegar ojo. Fiona y yo estuvimos casi todo el tiempo despiertas, presa de los nervios.

Después de hablarlo con Connor, decidimos que su madre y yo nos quedaríamos a dormir en la que ya era nuestra casa para comodidad mía al arreglarme para el enlace. Él lo haría en casa de sus padres y vendrían para comenzar la ceremonia.

Esos días anteriores fueron un caos. Aunque éramos pocos, tenía que adornar un jardín para una boda no era tarea fácil. Y con el trabajo aún menos. Me había pedido unos días para pasarlos con mi marido de luna de miel, pero la semana anterior había tenido que trabajar. No a jornada completa, pero me quitaba tiempo para los preparativos.

De todas formas, Fiona y Juliette se encargaron de casi todo y el jardín había quedado como de cuento de hadas.

La odisea mayor fue el vestido de novia. Nos recorrimos la ciudad por completo, me probé más de una veintena de trajes y nada. Ninguno me gustaba, aunque eran preciosos, no llegaba a hacerme sentir como “ese es mi vestido”. No llegaba a hacerme sentir especial. Y yo necesitaba eso.

Pero, finalmente y cuando ya pensaba que me iba a tocar elegir entre uno de los que me había probado a lo largo de esos días, un vestido coral llamó mi atención. Perfecto, quizás, para una madrina o dama de honor y no para una novia, pero sentía que ese sí era mi vestido.

Me lo probé y la emoción me embargó. Por fin lo había encontrado.

Nada de nuestra historia y nuestra boda era típico, por lo tanto, el vestido tampoco tenía por qué serlo.

Y volviendo al día especial... Aún muy temprano y Fiona y yo estábamos en el sofá con otra taza de café en las manos.

- Menos mal que tenemos suficiente antiojeras -rio la que pronto sería oficialmente mi suegra.
- ¿Tan mal estamos?
- No, solo parecemos unos pandas, pero nada más.

Me reí a carcajadas, me encantaba el sentido del humor de esa mujer.

- Conociéndolo, te digo yo que Connor habrá dormido toda la noche -suspiró-. Ese niño creo que a veces no tiene sangre en las venas, la perdí toda en el parto.
- Pobre -reí.
- Te quiere mucho, Lisa.
- Lo sé. Y yo a él. Aún sin sangre.

Con Fiona me lo pasaba muy bien, me encantaba su manera de ver la vida y su humor. Había sido una noche larga y de confianzas que guardaría para siempre en mi memoria.

— Bueno, pues creo que va siendo hora...

Miré el reloj y le di la razón a mi futura suegra. Teníamos que ducharnos y prepararnos para el gran día.

Al contrario de lo lenta que pasó la noche, esa mañana se nos fue en nada. Era como si el tiempo pasara el doble de rápido. Ya estaba preparada cuando Fiona me dijo que mi futuro esposo ya había llegado. Y en ese momento me entraron los nervios.

Fiona me dio un abrazo y se fue a acompañar a su hijo, era la madrina y como yo no tenía a nadie, mi padrino sería Pol. Una enorme sonrisa se formó en su cara cuando me vio con mi vestido.

— Mi hijo se va a desmayar -rio a carcajadas.

Caminé de su brazo hasta fuera de la casa y ahí lo vi, al salir al jardín, esperando bajo el arco que habíamos preparado para la ceremonia. Estaba moviéndose nervioso y me hizo gracia verlo así.

Cuando me vio, se puso tenso instantáneamente, pero me sonrió, tranquilizándome. No había mucha gente. La familia de Connor, algunos amigos cercanos y mi jefe y su familia. Me hubiera gustado que mis dos amigas estuvieran ahí, pero no fue posible. De todas formas, esperaba saber de ellas pronto, deseaba tenerlas de vuelta en mi vida, fueron y seguían siendo parte importante de mí.

Agarré las manos de Connor cuando llegué a su lado y miramos al sacerdote.

Como deseamos, fue un discurso muy corto. Y el sí quiero llegó rápidamente. Un mero trámite, pero que, incomprensiblemente, me hacía sentir diferente.

Me sentía como su mujer.

Habíamos contratado un cátering y la fiesta se alargó a lo largo del día. Comimos, reímos, cantamos y bailamos, disfrutando de ser una nueva familia, con un miembro más en ella: yo.

Cuando, a altas horas de la noche, se marcharon, Connor y yo por fin nos quedamos solos.

- Tengo una sorpresa para ti -me dijo cuando cerramos la puerta, al despedirlos a todos.
- ¿Sorpresa? No tenías por qué...
- Por mi esposa lo que sea -me besó dulcemente y jaló de mí hasta que llegamos al sofá, donde me hizo sentarme-. Espero que te guste -se había colocado de rodillas entre mis piernas y me ofreció una cajita de una joyería, la misma donde compró la otra joya.
- ¿Qué es?
- Ábrelo y míralo.

Así lo hice y me reí cuando vi los pendientes con forma de orquídeas.

- No me lo puedo creer.
- Creo que le teníamos que hacer un homenaje. Al fin y al cabo, nos conocimos por unas orquídeas -sonrió-. Gracias por aparecer en mi

vida, Lisa, te juro que te haré inmensamente feliz.

- Gracias a ti -lo besé-. Nunca pensé que la vida me tuviera deparado algo así y no tendré vida para agradecer que te haya puesto en mi camino.
- Siempre voy a estar aquí, a tu lado.
- ¿Me lo prometes?
- Creo que lo hice desde el primer momento, pero si no es así... Te juro que siempre permaneceré a tu lado. Te juro que te haré feliz y te juro que haré que tu vida sea como un cuento.
- Mi vida ya es mejor que un cuento, te tengo a ti -la emoción en mi voz.

Nos besamos intensamente, disfrutando la sensación de que en ese momento era diferente. Nos pertenecíamos el uno al otro y como bien dijo el sacerdote, para amarnos durante toda nuestra vida. Yo sabía que iba a ser así.

Connor se levantó y me ofreció su mano, la cual acepté y me levanté también. Caminamos con nuestras manos entrelazadas hasta nuestro dormitorio y nos quedamos de pie, al lado de la cama, mirándonos fijamente a los ojos.

Sin decir nada, mi marido comenzó a despojarme de la ropa, incluso hasta de la ropa interior con la que pensaba sorprenderlo esa noche. Tras mi ropa, la suya también acabó en el suelo y nos quedamos los dos desnudos mientras seguíamos mirando.

Coloqué mis manos sobre su pecho y subí, acariciándole el cuello, la cara...

Ahí fue cuando él actuó, agarrándome por la cintura y uniendo nuestros cuerpos. Nuestros labios, nuestras lenguas. Sentía escalofríos por la cantidad de sensaciones que me invadían en ese momento, piel con piel con él.

Nos tumbamos en la cama y no dejamos de acariciarnos y de besarnos. Solo vivíamos la intensidad del momento antes de convertirnos en uno solo. Hicimos el amor lentamente, sin prisas, y terminamos abrazados, sin querer soltar al otro.

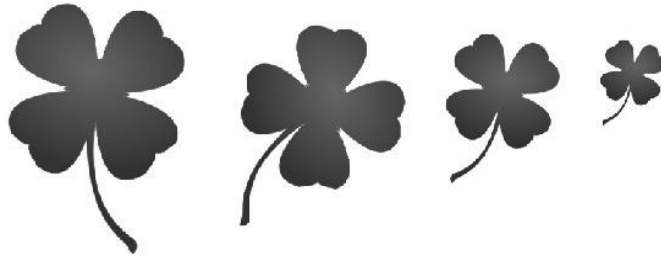
Eso era la unión de dos almas y así la viviríamos por siempre.

- Te quiero -susurré antes de cerrar mis ojos, completamente saciada y feliz.

- Te quiero -dijo él, abrazándome más fuerte y repitiéndolo varias veces.

Como si alguna vez se me fuera a olvidar...

Epílogo



Hacía seis meses que Connor y yo nos habíamos casado. Mi vida era como él dijo, no un cuento de hadas porque la vida real nunca sería así, pero sí que lo era en el amor, tenía al príncipe de mis sueños haciéndome feliz cada día. Como yo le hacía feliz a él.

Y ese día iba a darle la mejor noticia del mundo.

Era sábado y llamé a la familia para que se vinieran a cenar. Mi suegra era la única que sabía todo, me había acompañado y ayudado a preparar la sorpresa.

Cuando ya estábamos todos en casa, después de servir una copa de vino para todos, me levanté con esta en las manos y me dispuse a dar un discurso, riéndome cuando mi suegro, bromeando, puso los ojos en blanco.

- Hace unos meses, un chico vino a entregarme un paquete. No podía imaginar que desde ese momento mi vida cambiaría. Estuve a punto de perderte, Connor y pensé que la vida otra vez me quitaría a la gente que amaba. Que tal vez no merecía nada más que estar sola. Fueron días muy duros, pero luchaste y te quedaste a mi lado.

Gracias -dije emocionada.

Pocos días después nos convertimos en marido y mujer. Y por fin pude sentir que nunca más estaría sola. Tenía una familia que adoro a mi lado -dije mirándolos a todos-. Gracias a vosotros también por permitirme ser parte de vuestra vida -dejé la copa en la mesa y

entregué un sobre a Connor-. Sé que llevo unos días extraña y que eso te ha asustado, no debería ser así porque sabes que nunca te ocultaría nada. Esto lo hice por una buena causa, quería que fuera un momento especial -cogió el sobre-. Ábrelo.

Connor lo hizo, intrigado y miró lo que había dentro. Después me miró a mí con los ojos abiertos como platos.

— Lisa...

— Te presento a tu hijo o a tu hija -sonreí llorando ya por la emoción.

Connor no podía reaccionar, estaba completamente en blanco.

Fue mi suegro el primero en reaccionar y en gritar como un loco. Se abalanzó sobre su hijo y sobre mí dándonos un abrazo y las felicidades. Juliette y Fiona hicieron lo mismo y aún Connor no podía reaccionar.

Los dos de pie, frente a frente, vi el momento exacto en que comprendió lo que le estaba diciendo y me pegó a su cuerpo, apretándome contra él.

— Gracias -dijo con la voz tomada por la emoción. Solo era capaz de repetir eso.

Nos besamos y seguimos llorando hasta que Pol nos hizo reír. Cenamos entre risas y lágrimas, ya todos imaginando cómo sería el bebé.

Por la noche, los dos tumbados en la cama, después de hacer el amor, me acarició la cara y una lágrima cayó por su mejilla.

— ¿Estás bien? -pregunté limpiándosela.

- Lisa... Me has hecho el hombre más feliz del mundo.
- Espero que lo seas también cuando el bebé o la bebé lllore de noche - reí poniéndole humor a la situación.
- Que lllore lo que quiera, hemos creado una vida. Es parte de nosotros... Gracias.
- No tienes que dármela, yo te amo.
- Por eso te las doy -me besó y lo abracé.

Nuestra historia había sido muy rápida y aunque con algún susto, estábamos juntos. La vida no era color de rosa, pero sí se podía acercar mucho a un cuento cuando entre dos personas el amor verdadero existía.

En ese momento pensé en el hilo rojo. Leyenda o no, la verdad es que seguía pensando que algo había y que me unía a ese hombre para la eternidad. Las cosas no pasaban por casualidad ni las oportunidades había que perderlas.

Porque una de esas oportunidades puede llevarnos a la felicidad plena.

Hay que luchar siempre, levantarse tras cada caída y pelear por el amor. Que es lo único que nos salva del dolor de la vida.

